



MI loco

Y ESTUPIDO

Amor

Vanessa Lorenz

XOXO



*“Que ganas tengo de tenerte a mi lado,
de acariciarte, de hablarte, de saber que existes, porque
ya no sé cómo eres, como besas, como es tu voz,
sólo sé que me haces falta y que me estas matando.”*

(Jaime Sabines, Cartas a Chepita)

Título: Mi loco y estúpido amor

Portada: Vanessa Lorrenz

©2018 Vanessa Lorrenz

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Febrero, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



Capítulo 1

A todas en algún momento de nuestra vida nos han hablado del magnífico príncipe azul ¿verdad? ¿Pues qué creen?... ¡¡No existe!! Hemos vivido engañadas toda la vida, al menos eso era lo que pensaba Miranda, mientras observaba en la televisión como Bridget Jones cantaba con su pijama navideña, en uno de esos momentos donde le gustaba demostrar su talento como cantante, tomó el control de la televisión para ocuparlo como micrófono, y se dispuso a deleitar a su público conocedor de talentos.

—Sola otra vez, no sé vivir, sola otra vez, sin amor—se paró sobre el sillón de la sala para comenzar a simular estar en un escenario—sin amor... ya no quiero estar, tan sola otra vez, sin amor, otra vez... sin amor...

Tan encimada estaba cantando a todo pulmón, que no escuchó cuando se abrió la puerta del departamento. Lo mejor era que mientras cantaba, hacia malabarismo simulando que su público le coreaba la canción, de pronto

sintió unas manos en la cintura que la alzaron y comenzaron a girar con ella, provocando que gritara por la sorpresa.

— ¡Alex, bájame que me vas a tirar!—sonrió gritando con cada vuelta que le daba.

—Pesas lo mismo que una pluma, ¿cómo crees que te voy a dejar caer?

—Pues bájame tontuelo, porque yo peso como una pluma, pero tú, estas tan debilucho que seguramente te vas a quebrar.

Alex estalló en carcajadas porque siempre le decía que era un debilucho, vale toda esa historia venía desde cuando se conocieron, Alex era un niño pequeño, demasiado delgado, con unas enormes gafas de aumento. En la escuela los niños lo molestaban, pero como ella; era un diablillo según palabras de su madre, «fue su madre la que dijo semejante mentira, que quede aclarado» siempre estaba con él para defenderlo de cualquier niño que se atreviera a molestarlo.

Claro que eso cambió cuando llegaron a los dieciséis años, a esa edad Alex se convirtió en la novedad de las chicas en la escuela, entró en el equipo de fútbol ganando así un magnífico cuerpo, que las volvía locas. Ahora con treinta años recién cumplidos, Alex era el sueño andante de toda mujer, con su espeso cabello castaño, ojos de color como la miel, su piel ligeramente bronceada, de estatura perfecta con su uno noventa, era todo un espécimen masculino, digno de ver en las portadas de las revistas.

Y ella simplemente era su amiga, bueno en realidad eran grandes amigos, por eso cuando llegó el tiempo de ir a la universidad decidieron que viviría juntos para no tener que rentar dos departamentos, así llevaban ya seis años viviendo en un hermoso departamento en una de las mejores zona de la ciudad. Tenían tres habitaciones completas, sala, comedor, una amplia

cocina, incluso destinaron un espacio para instalar un despacho, donde los dos trabajaban cuando llevaban asuntos pendientes a su casa.

Secretamente ella estaba enamorada de Alex, pero sólo un poco, pero quien la podía culpar, ese hombre haría caer en la tentación incluso a una monja.

— ¡Hey!, que todo el tiempo que me pasó en el gimnasio, ha dado sus frutos, ahora te puedo defender yo, en vez de que tú me defiendas a mí.

— Por dios Alex eso fue hace tanto, ¿Por qué llegaste temprano? ¿Tienes alguna cita?—eso era lo peor de todo; estar medio y digo medio, no completa, que se notó la diferencia de estar medio enamorada de tu amigo, y que este salga cada dos por tres con una chica distinta.

—No, llegué temprano porque hoy es un día especial— ¿eh, especial? ¿Cuál día especial? Ella no se acordaba de nada.

—Alex no me digas es el aniversario de tus padres, discúlpame, se me olvido —dijo utilizado el tono burlón que Alex tanto detestaba, haciendo memoria de que fecha importante se le estaba pasando. El calendario no marcaba ninguna fecha no laborable.

—Miranda no me digas que se te ha olvidado, y deja de decir mi nombre con ese tono, ya no tenemos ochos años —dijo reprendiéndola.

— Suena lindo, no te quejes.

—No, no suena lindo y hoy cumplimos un año más de que somos amigos, tenemos que festejarlo.

— ¿En serio? Que rápido pasa el tiempo, aún te recuerdo con tus gafas, llorando por los rincones de la escuela.

— ¡Hey! que yo no lloraba por los rincones ¡Me ofendes!—ella comenzó a

reír al ver su indignación—ahora ¿Qué hacemos para festejar? ¿Quieres ir a cenar algún lado?

—Vale, deja que me vista y nos vamos, algo sencillo, una pizzería, tal vez, no quiero ir a esos restaurantes chuchis que visitas.

— ¿Chuchis? ¿Qué es eso?

—Yo que sé, no sé ni donde se me pegó la palabra, pero no quiero ir a esos lujosos restaurantes, estoy muerta hoy me explotaron en el taller, Madeleine quiere sacar su nueva colección de ropa antes de tiempo. Le hemos dicho que no era lo correcto pero ella dice que es una gran oportunidad.

—Vale, pero apúrate que luego tardas una eternidad para ponerte un suéter— dijo él mientras se acomodaba en el sillón—quiero salir antes de medianoche.

—Que mentira más grande has dicho ¡retírala! Yo soy súper rápida para vestirme—Alex la veía como si estuviera loca, así que ella fue y se aventó encima de él para hacerle cosquillas.

—Vamos Alex retíralo, sabes que eso no es verdad, soy la mujer más rápida del mundo—él se retorció de la risa, tratando de sostener sus manos para que no siguiera con la tortura.

—Miranda deja de hacer esto o te vas a arrepentir toda tu vida.

Como ella no le hacía caso, Alex la tomó por la cintura y sin saber muy bien cómo, terminó tendida de espaldas sobre el sofá, mientras él iniciaba un ataque de cosquillas.

— ¡No, por favor Alex prometo no volver a llamarte Alexander!, ¡lo juro, jamás!, pero por favor déjame en paz—decía ella entre risas, mientras intentaba con todas sus fuerzas escapar de ese trágico castigo.

—A que ahora ya no es tan divertido ¿verdad? —él le sostuvo sus manos por encima de la cabeza, mientras ella, con su cabello rubio revuelto, las mejillas sonrosadas por el esfuerzo de luchar contra él, trataba de no dejarse vencer. De pronto algo en la mirada de Alex cambió, dejó de sonreír observándola de una manera que hizo que le diera un vuelco el corazón.

Se quedaron perdidos mirándose el uno al otro, Miranda tuvo que romper el momento cuando vio que Alex acercaba su rostro al de ella.

—Alex creo que debo de ir a vestirme si es que quieres salir hoy—eso pareció sacarlo de ese mundo perdido en donde se encontraba, aunque siguió mirándola de manera especial.

En cuanto logró deshacerse del agarre de Alex, prácticamente corrió para irse a refugiarse en la soledad de su habitación.

¡¿Qué le pasaba?! Había estado a punto de echar a perder su amistad con Alex, porque interiormente, muy, pero muy interiormente había estado a punto de besarlo. Se tumbó en la cama abrazando a la almohada “estás loca” le decía esa vocecita llamada conciencia—definitivamente sí que estoy loca —decía respondiendo a su voz interior.

—Miry luego dices que no tardas, ¡eh! apúrate o te quedas sin invitación para cenar—gimió interiormente, “puf si tan solo no te hiciera saltar el corazón, creo que eres una cobarde ve y dile que te gusta”

— ¡Calla conciencia!, tu opinión esta demás—respondió entre dientes, se levantó para ir a vestirse lo más rápido posible. Si tardaba un minuto más se quedaría sin cena.

Quince minutos después salía de su habitación, con vestido ligero, color blanco con flores rosa, le encantaba pues le llegaba justo arriba de la rodilla,

tenía el cuello en un corte barco, que hacía ver su cuello más estilizado. Llegó donde estaba Alex y este quedó asombrado mirándola fijamente por un momento.

— ¡Basta ya de verme Alex!, me vas a gastar, anda vamos por esa pizza—le dijo dirigiéndose a la puerta, él se levantó de golpe del sillón, para alcanzarla.

—Estas segura que no quieres ir a uno de esos lugares chuchis, como dices tú, ¿te he dicho ya, que estas muy guapa?

—Alexander —le miró ella con cierta advertencia.

—Vale, vamos a disfrutar de esa pizza, porque estas un poco gruñona ¿Estas ovulando?

— ¿Y tú, eres idiota?

Si tan sólo supiera que lo que estaba era deseosa de tomarlo de los extremos de chamarra, acercarlo a ella y besarlo “¡hey! para tu mente cochambrosa” le decía su conciencia haciendo que ella recuperara la poca cordura que le quedaba.



Capítulo 2

—Nadie te enseñó el significado de un lugar sencillo ¿verdad?—le reclamaba ella al momento que el maître del restaurante le alejaba la silla para que se sentara.

—Es una ocasión especial, no íbamos a ir a una pizzería exprés.

—Sí, pero yo no me vestí para esto.

—Tu estas preciosa con lo que te pongas.

—Ojala eso fuera así de fácil, explícame mejor ¿Por qué no he conseguido aún al hombre de mi vida? Si fuera preciosa como dices tendría una fila de hombres queriendo salir conmigo.

Alex y ella se contaban todo acerca de sus parejas sentimentales, así que se daban consejos desde el punto de vista del otro. Como cuando el quiso salir con aquella chica cien por ciento silicona, era una suerte que ella lo

convenciera de que no pasaran a tener una relación seria.

—Tal vez es porque no has mirado en la dirección correcta. A veces tienes al amor de tu vida a tu lado y por una cosa o por otra no te atreves a decirle cuanto la amas.

—Estas muy romántico tontorrón, acaso será que ya conociste al amor de tu vida.

—La conocí hace tiempo, pero ella no se da cuenta de que existo.

—Oye nunca me has contado nada sobre ella, ¿Quién es? ¿La conozco?

Preguntó sintiendo una opresión en el pecho, en qué momento se había enamorado su amigo de alguna mujer. No es que no saliera con chicas, porque para su mala suerte salía más de lo que a ella le gustaba. Pero siempre salía con una chica diferente, y eso hacía que su corazón tuviera un consuelo, de esa manera no se enamoraba de ninguna, pero ahora que él mismo estaba declarando que estaba enamorado, sentía que algo se tambaleaba bajo sus pies.

—No hay mucho que contar, sólo que cuando me di cuenta de que la amaba, ya era demasiado tarde, ella estaba saliendo con un chico, y así poco a poco fui perdiendo el valor.

—Alex tú no eres un cobarde, porque no luchas por ella, ¡anda! yo te ayudaré, preséntamela para que la conozca bien.

“Eres una mitómana consumada, tu no quieres conocer a esa chica, si te estas muriendo de celos”, como pudo ignoró la vocecilla fastidiosa que la estaba molestando, ¡Que estaba celosa! ¡Ja! Claro que no, pero tenía que reconocer que no le apetecía nada conocer a esa mujer divina, que robó el corazón de su Alex.

“Ya no es tuyo querida” le recordó la molesta voz. Mentalmente le dio un golpe para que se callara de una vez.

—No, claro que no soy un cobarde, pero prefiero tenerla como amiga en mi vida, que no tenerla de ningún modo.

—Vaya Alex eso sí que no me esperaba, sólo puedo decirte que si la quieres, luches por ella, deja que el amor la encuentre y la traiga hasta ti.

—Ahora la que se está poniendo romántica eres tu Miry ¿Qué hay de ti? ¿Cuál es tu hombre ideal?

¡Mi hombre ideal! Por dios ¡Pues tú, bobo! Tenía ganas gritarle, si no fuera porque en ese instante una chica muy mona se acercó a su mesa con una sonrisa en los labios. Era muy alta, morena, de ojos claros, con cuerpo de modelo.

— ¡Alex!, hola cariño ya estoy aquí— ¿Alex? ¿Cariño? ¿Quién demonios era esa? ¿Acaso era su madre, para decirle cariño?

Alex se levantó de la mesa para saludar a la “señorita” ¿Qué?...esperen... ¡Por dios! lo estaba besando, y ella ahí observando, “no se han dado cuenta de tu presencia, que descarados” le decía su vocecilla metiche con tono de reproche.

—Al parecer no—dijo entre dientes a la vez que ponía una sonrisa en la cara, cuando se separaron percatándose de su presencia.

—Miranda disculpa, ella es Samanta, nos conocimos en la universidad, y ahora ha vuelto a la ciudad para trabajar, coincidimos hace algún tiempo.

Vaya así que la lagartona que le quería robar a su Alex no era de ahí.

—Samanta ella es mi mejor amiga Miranda—la chica le extendió la mano,

para saludarla, dándole dos besos al aire en las mejillas.

—Mucho gusto Miry ¿puedo decirte así verdad? Es como te llama Alex.

¡Miry! ¡¿Qué le pasaba?, eso sí que no!, así sólo la podía llamar Alex y nadie más. Estaba a punto de decirle todo eso, pero Alex la detuvo.

—Claro que puedes decirle así a Miranda, a ella le encanta que le llamen de esa forma, y ahora que se van a ver muy seguido, será mucho mejor dejar las formalidades.

—Mucho gusto Samanta—fue lo único que dijo, sin confirmarle si la podía llamar con el diminutivo que le puso su Alex.

—Sam, llámame Sam es mucho más corto, espero no te moleste que Alex me invitara a venir, pero tenía muchas ganas de conocerte.

—No claro que no, por mi está bien, y cuéntame ¿a qué te dedicas?—con ese cuerpo seguro que era modelo la muy zorra, y con su cara de yo no fui.

—Trabajo en Administración de empresas, de hecho trabajo en el mismo lugar donde trabaja Alex.

¡No lo podía creer! Trabajaban juntos, ¿Desde cuándo? Tendría que hablar seriamente con Alex. ¿Por qué esta vez no le contó nada? Estaba muy raro, de hecho, él actuaba muy raro desde hace algún tiempo.

— ¡Vaya! me sorprende mucho—estaba enojada, así que decidió que sería bueno, enojar a la señorita que tenía enfrente. —Alex nunca me hablo de ti, ¿Cuánto tiempo llevan saliendo?

La chica giró la vista a Alex que parecía, entre sorprendido por su comentario y arrepentido con la chica.

—Bueno es normal, queríamos empezar de cero, pero la verdad, llevamos saliendo tres meses, aunque esta es la primera vez que Alex me invita a festejar algo con ustedes.

Alex estaba callado, como si de repente no supiera que decir, ¿Por qué no había confiado en ella?, hablarían seriamente en cuanto llegaran a su casa.

Pasaron la mayor parte de la velada escuchando a una animada Samanta que contaba todo tipo de cosas, ella trataba de poner especial atención a lo que decía, pero su cabeza era un hervidero de pensamientos.

Por primera vez en su vida, se sentía incomoda al lado de Alex, sólo se quería ir a su casa, y olvidarse de esa noche.

—Alex creo que no me siento muy bien, me duele mucho la cabeza. Pero no quiero echarme a perder la velada, te parece si me voy en un taxi, ustedes pueden seguir con la noche.

Él la miraba como evaluándola, entre preocupado porque en verdad se sintiera mal, o descubrir si únicamente estaba fingiendo. Al final pareció convencerse de que así era. Ya que levantó la mano para llamar al maître

—Espera que pido la cuenta y nos vamos, no me gustaría que te fueras sola.

—No, de verdad, ustedes sigan con la velada, si me disculpan—se levantó de la mesa, sin siquiera dejar que dijeran una sola palabra, y salió del restaurante todo lo rápido que sus piernas se lo permitieron.

Tomó un taxi que la llevará a su casa, estaba confundida, era como si le estuvieran robando lo más importante de su vida. ¿Qué era lo que seguía a partir de ahora?, en cuanto llegó a su casa, se encerró en su habitación, sin quitarse la ropa se metió en la cama para abrazar su almohada. Siempre había visto a Alex rodeado de chicas, la mayoría de ellas lo querían atrapar, pero

esta vez era diferente. Samanta era demasiado perfecta, esta vez tenía el presentimiento que perdería para siempre a Alex, ahora había encontrado la mujer ideal para él.



Capítulo 3

Esa noche no vio a Alex, suponía que se había quedado con Samanta, ¡Estaba que no aguantaba los celos! Cómo puede tu vida cambiar de un día para otro, ayer estaban riendo como locos en la sala, y ahora ella sentía que su corazón se partía en dos al saber que él ya tenía un nuevo amor.

Se fue a trabajar al taller donde, entre bosquejos y muestras de tela se olvidó por un momento de que sentía un vacío en el corazón. En la tarde en cuanto llegó a su casa, comenzó a preparar como siempre la cena para los dos, sólo esperaba que él llegará, desde que lo dejó en el restaurante con su novia, tenía un dolor muy extraño en el pecho, sólo quería ir, alejar a Alex de su novia y encerrarlo por lo que quedaba de vida junto a ella.

El corazón le dio un brinco cuando escuchó que se abría la puerta de su departamento. Alex con una sonrisa de oreja a oreja entraba por la puerta, «al menos es feliz» se dijo interiormente, pero sabía que algo no estaba bien.

—Hola—dijo ella arrepentida, pues su tono de voz se escuchó demasiado enojado para su gusto.

—Hola pequeña, estás enojadas por lo de anoche. Discúlpame sólo quería que la conocieras, no me gusta tenerte secretos—parecía realmente arrepentido— pero no encontraba el momento de decírtelo.

Alex se acercó a ella con el fin de darle un beso en la mejilla, pero ella lo detuvo — ¿Qué pasa? En serio ya te pedí disculpas por lo de anoche.

Nunca en todos los años que llevaban juntos, se había sentido así, con ganas de suplicarle que dejará a su novia y se fijara en ella, fue una tonta al tener todos esos sentimientos escondidos, ahora no sabía si luchar por él, porque en los años que llevaban conociéndose Alex nunca hubiera demostrado que sintiera algo más por ella que una simple amistad.

— ¿En verdad te gusta tanto, cómo para que me la presentaras?

Él la miró con desconfianza, pero de pronto sonrió como si le hubieran regalado el cielo— ¿Estás celosa Miranda?

— ¡Estás loco Alex!, cómo voy a estar celosa, sólo somos amigos, claro que no—dijo nerviosa, no pensaba que fueran tan obvios sus sentimientos—.Es sólo que creo que ella es demasiado perfecta, y tengo miedo a perderte como amigo.

Eso lo dejó sorprendido, caminó hasta ella y la tomó entre sus brazos, para estrecharla fuertemente, dándole pequeños besos en la frente.

—No seas tonta, jamás me perderás como amigo, siempre estaré ahí para ti, siempre. Y lo sabes, nuestra amistad perdurara más allá de que encontremos a las personas indicadas para pasar el resto de nuestras vidas.

—Y que pasará el día que te cases, tengas una familia, tengas hijos, es que acaso no quieres formar una familia.

— ¿Y tú Miranda, acaso no quieres formar una familia?—ella le miró como si estuviera loco, claro que quería una familia, pero la quería con él.

—Claro que sí, pero al igual que tú, cuando encontré al amor de mi vida, lo deje escapar, por tonta.

—Y porque no aplicas el consejo y luchas por él—La mirada de Alex se ensombreció, como si en el fondo estuviera sufriendo él también.

—Creo que es demasiado tarde para eso, él ya tiene una persona a su lado—le dijo ella aún entre sus brazos, mirándolo a los ojos—pero contéstame vas muy en serio con Samanta. Si me preguntas creo que es la mujer perfecta para ti.

—No lo sé Miranda, aún es demasiado pronto para decir algo así—de pronto el bajó su rostro hasta su cuello comenzando a inhalar su aroma, provocando que ella se estremeciera— ¿Por qué siempre hueles tan bien?

—Alex ¿qué estás haciendo?—dijo con la voz débil, sentir su aliento sobre su cuello la estaba derritiendo, en cualquier momento mandaría todo al diablo y lo besaría; para no dejarlo ir nunca.

—No lo sé, en lo único que pienso es que me encanta como hueles—sus cuerpos estaban muy juntos, tanto que sentía el calor que desprendía el cuerpo de Alex ¿tal vez era su propio cuerpo el que estaba ardiendo? tenía que parar, si seguía así terminaría besándolo, ¿Pero y si dejaba que pasará? Nadie la podía culpar, era una mujer de carne y hueso, con toda una infinidad de debilidades.

Giró la vista para observar los profundos ojos de Alex, esos ojos que te

incitaban a perderse en ellos para siempre. Poco a poco fueron acercando sus labios, sin saber muy bien porque su ligero roce provoco que sintiera que estaba tocando el cielo, tenían muchos años se convivir, y jamás se habían atrevido a traspasar la barrera de amigos, y ahora él tenía una novia; porque precisamente en ese momento se le ocurría tener una acercamiento con él, cuando por desgracia tenían que tomar caminos separados. Eso fue como un balde de agua fría, a pesar de que disfrutaba con la sensación de sus labios, que la transportaban al cielo, tenía que parar, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se apartó de él costándole la vida misma.

Cuando lo miró, él aún seguía con los ojos cerrados, posicionó su frente en la de ella, mientras acariciaba sus mejillas con sus manos.

— ¿Por qué ahora Miranda?—le preguntó él con ansiedad en la voz.

—No lo sé Alex, pero es demasiado tarde, para nosotros—dijo mientras sentía que su corazón se le partía en dos—Tú estas con otra persona, y yo tengo que aprender a vivir con ello.

—No serias capaz de luchar porque tengamos algo juntos, ¿No crees que merecemos una oportunidad?—su corazón quería estallar de felicidad, ¿acaso quería una oportunidad?, pero recordó que existía Samanta, no quería una relación si con ella tenía que hacer sufrir a terceros. Samanta a pesar de que ella estaba predispuesta a odiarla por estar junto al hombre que amaba, era una buena chica, y no se merecía que la engañaran.

—No podemos dañar a terceros, esta Samanta de por medio, y hoy me encontré con Ulises y me pido que saliéramos, creo que lo voy aceptar—mintió si bien era cierto que Ulises le había pedido una oportunidad, pero ella no pesaba dársela, después de que le fuera infiel, Ulises era un modelo, y como tal era atractivo a morirse, pero tenía una enorme debilidad por

cualquier mujer que llevará faldas.

—No puedo creer que después de lo que te hizo ese idiota, quieras volver a salir con él, ya no recuerdas lo destrozada que te dejó, aún recuerdo como no lograbas superar su traición, ¡por dios Miranda!, ¡no puedes hablar en serio!

Lo que él no sabía era que cuando surgió la traición de Ulises ella estaba en una etapa de crisis existencial, y sufría porque Alex se había ido de viaje con una de sus mujeres plásticas, olvidándose de ella por completo. Aunque Miranda trabajaba para una de las diseñadoras más cotizadas de la ciudad, ella era una negada en su atuendo personal. Y no crean que es como la historia de la joven chica que entra a trabajar para la prestigiosa diseñadora y puf de la nada se vuelve la moda hecha mujer. No, Miranda amaba andar con ropa cómoda, aunque no fuera para nada con la moda.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida, yo nunca seré buena para ti, soy completamente imperfecta, tengo miles de defectos, no hay, ni habrá nada nunca entre nosotros, más que una enorme amistad Alex.

Él se separó de ella, dejando un frío en su cuerpo y en su alma, se paseaba de un lado para otro, pasándose las manos por el cabello.

—Cómo dices que eres completamente imperfecta, yo creo que eres perfecta para mí, ¿cuáles son según esos defectos que tienes?

—El más grande de todos es que soy una cobarde y no puedo luchar por ti Alex, ¡no puedo!, no quiero dañar a nadie, y de todo esto sólo saldrán lastimados Samanta y Ulises.

—Debes dejar atrás esos complejos absurdos que te invento tu madre, eres perfecta tal como eres.

— ¡No soy perfecta!, y eso que dices de mi madre es absurdo, ella no tiene

nada que ver, mi madre me adora y tú lo sabes—lo miró con furia contenida por lo que acababa de decir—, será mejor que dejemos esta conversación hasta aquí y que no volvamos a repetir lo de hace rato, es mejor que cada quien viva su vida por separado.

— ¿Qué es lo que quieres decir?—Alex paró en seco su caminar al escuchar esas palabras.

—Lo mejor es que no siga viviendo aquí, seguir aquí únicamente será un tormento para los dos.

— ¿Por qué?—él la sujeto de los brazos, buscando una explicación.

—Porque te quería Alex, siempre te quise, pero no soy la mujer ideal para ti, por eso me conformo solamente con ser tu amiga.

Sin decir nada más se fue se soltó de su agarre para irse a refugiarse en su habitación, donde pudo llorar, por toda la situación.

Capítulo 4



Que le hubiera dicho lo acomplejada que estaba por culpa de su madre, fue un golpe bajo y él lo sabía, así que lo hizo para dañarla, y eso le dolió más que nunca.

No es que su madre no la quisiera, claro que la quería pero a su manera, sólo que tenía un defecto «Miranda nunca era la hija perfecta», su madre quería que ella fuera como de la realeza, pero eso nunca pasó. Comenzaba por criticarla, si subía un poco de peso, si no se tintaba el cabello, o si la ropa no combinaba. Siempre la comparaba con las hijas de sus amigas. Por eso en cuanto tuvo la oportunidad de salir de su casa, se marchó lejos de la presión de su madre, que quería una hija de pasarela. De ahí su fascinación por andar siempre con la ropa cómoda, sus risos rubios a pesar de que ella luchaba por que estuvieran siempre bien peinados, ellos eran unos rebeldes sin causa que nunca estaban en su lugar. Pocas veces se maquillaba, sólo cuando salía a

cenar con Alex, y eso le parecía un suplicio, porque tenía el complejo de sentirse inferior cuando salía con él.

—Es hora de cambiar de rumbos Miranda, Alex no es para ti. —se dijo animándose para llevar a cabo el plan que tenía en mente.

Se acostó en su cama, pero no logró dormir nada, escuchó cuando Alex abría la puerta para irse, seguramente con Samanta, «pero estaba bien, si él era feliz ella también» se daba consuelo, sin llegar a sentir alivio.

Tendría que comenzar a buscar un nuevo departamento, ya no lograría estar con él en un mismo lugar, si quería sacarlo de su corazón tenía que alejarse de él, pero eso lo tendría que solucionar al día siguiente.

Prácticamente se acababa de dormir cuando escuchó un fuerte ruido, como si alguien hubiera tirado algo muy pesado, asustada pues estaba sola, se levantó para ver quien había entrado a su casa, «sería un ratero» pensó buscando una salida de emergencia. Tomó un candelabro de plata que tenía en su habitación, y armándose de valor salió para encontrarse con quien fuera que estuviera irrumpiendo en su casa.

Caminó por el pasillo que llevaba a la entrada de la casa, pero no se escuchaba ningún ruido, de pronto ahí estaba otra vez, como si hubieran tirado la mesa de la entrada.

— ¡Auch!— se escuchó seguido de una sonrisa tonta, que le sonó conocida ¡Era Alex! Encendió la luz para ver a Alex tirado en la entrada, se asustó pensando en que el asaltante lo hubiera atacado, así que corrió hasta el para ver qué pasaba.

—Alex ¿Estas bien? ¿Qué te pasó?—él levantó la vista hasta ella, sonriendo como si no hubiera pasado nada— ¡Estas borracho Alex!

—Claro que no, sólo he tomado un poco—le ayudó a levantarse, haciendo que se apoyara en ella—sólo me tome una copa.

—En serio ¿Pues de qué tamaño era la copa? Estas que te caes—En cuanto logró ponerlo en pie, trató de comprobar si lograba sostenerse, o lo tendría que cargar hasta su habitación—A ver has un cuatro, si es que no estás tan borracho.

El comenzó a reírse, mientras trataba de poner un pie, junto con su rodilla para formar un cuatro con las piernas, fallando en el intento.

—Te puedo hacer un ocho mejor—puso sus manos como si fuera una bailarina de ballet formando con todo su cuerpo un número ocho, con lo que casi se vuelve a caer, de no ser porque ella lo sostuvo, de otra manera hubiera terminado con la nariz enterrada en el suelo.

—Bien borrachín, hora de irse a dormir, no queremos que te duermas en el suelo de la entrada.

Lo llevó hasta su habitación, tambaleándose los dos por el camino.

—Ayúdame Alex, que pesas mucho—como pudo lo llevó hasta su cama, acostándolo para quitarle los zapatos.

—Vamos hombresote, ayúdame a quitarte la chaqueta— estaba forcejeando para que le ayudara a sacar los brazos, pero estaba muy ajustada. Alex se levantó y se sentó con dificultad en la cama, poco a poco comenzó a quietarle la chaqueta hasta que tuvo liberados los brazos.

Ella iba a dejar la chaqueta a un lado, pero Alex la tomó por la cintura, tomándola por sorpresa, de un momento a otro se vio tumbada de espaldas a la cama, con Alex encima presionándola contra su cuerpo.

—Alex ¿Qué haces?—fue todo lo que dijo, pues él se apoderó de su boca, como si la vida se le fuera en ello, sentía que estaba rozando el cielo, el sabor de él, era exquisito combinado con el adulado sabor del licor, era la combinación perfecta, para la locura.

“Es que estás loca mujer, cómo se te ocurre aprovecharte de un borracho” le dijo su malvada conciencia que hacia su acto de presencia en ese justo momento. Lo que le dijo fue como un golpe certero, que la bajó de su nube de placer.

—Alex esto está mal, no debemos seguir, será el error más grande de nuestras vidas.

Él la miró fijamente a los ojos, tratando de decirle algo que no comprendió, porque estaba pérdida entre las profundidades de sus ojos.

—Yo creo que será lo mejor que nos puede pasar—sin decir más la beso, adsorbiéndole hasta el alma, fundiéndose con ella, entregándose a la pasión.

Algo en su mente le decía que estaba mal, que tenía que pensar en Samanta, que si lo hacía se estaría convirtiendo en una zorra sin sentimientos, «pero quien la podía culpar, era el amor de su vida», por la mañana vendrían los arrepentimientos, pero ya se ocuparía al día siguiente de salir de la vida de Alex para siempre.

El deseo de sentir su cuerpo cerca del de ella era irrefrenable, al igual que las ansias de que él la acariciara y la hiciera temblar de pasión, no lograba pensar con coherencia cuando él la besaba como la estaba besando en ese instante, sentía sus labios mordisquear los suyos, lentamente, haciéndola suspirar.

Sentía que estaba en la gloria, Alex bajó sus labios a su cuello, para mordisquearlo, subiendo poco a poco hasta llegar al lóbulo de su oreja, sus

manos vagaban por todo su cuerpo, tratando de quitar su camisón de seda que usaba para dormir.

«ya estaba, se quemaría en el infierno por lo que estaba a punto de hacer» pensaba mientras alzaba sus manos para que desapareciera el camisón que cubría su desnudez, el cual salió volando por algún lado de la habitación. Con manos temblorosas, comenzó a desabrochar los botones de la camisa de Alex, a cada botón que quitaba, depositaba un suave beso, que lo hacía suspirar.

—No sabes cuantas veces he soñado con esto cielo—ella seguía besando su fuerte pecho, hasta llegar a su cuello, estaba tan sumida en el placer, que solo podía sentir; y sentir de una manera tan perfecta.

—Alex—susurró al momento de morder el lóbulo de su oreja, provocando que Alex la guiara suavemente para caer los dos en la cama. Sus miradas se encontraron, ella quería decirle tantas cosas, pero nunca se atrevería, era demasiado cobarde, jamás sería la mujer que Alex necesitaba en su vida, ella era solamente, «ella», Miranda la insulsa, la mal vestida, la que no tenía ni la más mínima noción de cómo ser sofisticada, la completamente imperfecta. Esa era su oportunidad para lograr hacer su sueño realidad, y no, no la iba a desaprovechar.

Alex recorría su cuerpo con sus manos, bajando lentamente depositando tiernos besos, cuando llegó a la altura del ombligo la hizo retorcerse de placer, cuando su lengua comenzó trazar círculos alrededor de él, siguió bajando y ella sentía que moría de placer. Grito de la sorpresa cuando Alex puso sus labios en el centro de su feminidad, todo su ser estaba tan sensible, que creía que explotaría en cualquier momento.

Alex la hizo subir al paraíso y regresar con tan sólo los movimientos de su lengua, aún estaba tratando de regresar a la realidad, cuando la tomó por la

cintura, dando la vuelta para que ella quedara posicionada a horcadadas encima de él, lentamente se introdujo en ella, llenándola completamente.

Era magnifico, nunca había sentido con nadie lo que Alex le estaba haciendo sentir, no sólo se estaban entregando sus cuerpos, sino también su alma, y en el caso de ella, también su corazón.

Alex la agarró a la altura de la cadera, para acelerar el ritmo, al mismo tiempo que con su boca devoraba, sus senos que estaban urgentes por ser atendidos, sus respiraciones cada vez se aceleraban más y más, hasta que no lo soportaron más, estallando en un intenso orgasmo que los transportó a un gran explosión de colores, lo que había sentido no podía compararlo siquiera con rozar el paraíso, era como tocar el cielo y el infierno con sus manos.

Estaba tan agotada, que se quedó dormida al instante, así como estaba encima de Alex, con él aun dentro de su cuerpo, abrazándolo, transmitiéndole de esa manera todo su amor.



Capítulo 5

En cuanto abrió los ojos, supo que algo iba mal, no estaba en su habitación, ni tampoco en su cama, un leve silbido en su oído la puso alerta. ¡Alex dormía a su lado! La tenía fuertemente agarrada por la cintura, y su otra mano la tenía justo en uno de sus pechos.

Todo volvió a su memoria, todos y cada uno de los momentos más eróticos, que vivieron la noche anterior. Ella entregándose a él, estremeciéndose entre sus brazos por sus caricias, derritiendo como si fuera mantequilla entre sus dedos.

Tenía que salir de ahí, esperaba que el estuviera todavía lo suficiente embriagado como para que no recordar nada, sí, esa sería la solución perfecta, que no recordara nada. “igual si le das un golpe en la cabeza se le olvida todo” le dijo su metiche vocecilla.

—¡Ja! que graciosa eres—dijo con ironía entre dientes, para no despertar a Alex.

Como pudo salió de la cama, dejando al hombre más magnífico que había sobre la faz de la tierra. “tampoco es para tanto” ahí estaba otra vez la metiche voz, y claro que era el hombre más perfecto.

— ¡Calla chismosa!, por lo menos para mí es perfecto.

“si tú lo dices” le respondió la muy ladina, riéndose de su desgracia.

Regresó a su habitación casi corriendo, se puso ropa de deporte, saldría a correr, eso era lo que necesitaba, oxigenar su cerebro para que le entraran bien las ideas. No regresaría hasta que no tuviera bien claro que es lo que haría a partir de ese momento.

Bueno, si lo tomaba por ese camino no regresaría nunca a su casa, porque ya había recorrido bastante millas y aún no tenía ni una maldita idea de que hacer y ya casi anochece, sentada en la banca de un parque se debatía entre; fingir que no había pasado nada, para seguir con sus planes de cambiar departamento, o la segunda opción era ir delatarse como culpable, sacar sus cosas y largarse a la china, con todo y maletas arriesgándose a perder la amistad de Alex. Lo único que tenía claro era que se tenía que alejar de ese hombre porque terminaría incumpliendo uno de los siete pecados capitales como poco.

Sintió que alguien la cobijaba mientras estaba viendo una pareja de jóvenes enamorados, volvió la vista para ver que Alex le colocaba su chaqueta sobre los hombros.

—Te busqué por los alrededores, es muy tarde para que andes fuera—le hizo un espacio en la banca para que sentara junto a ella.

—Tenía mucho que pensar—él se acomodó, pasando un brazo sobre sus hombros, para atraerla junto a su cuerpo.

— ¿Qué es lo que te preocupa pequeña?—dijo acariciando su mejilla con el dorso de su mano.

Ella lo observó un momento antes de contestar, estaba muy guapo ese día, llevaba una camisa tipo polo color azul cielo, con unos jeans de mezclilla deslavados, incluso con ropa informal, estaba tan guapo.

—Son muchas cosas las que me tienen así Alex, en especial lo que paso anoche, nunca habíamos traspasado la barrera de la amistad, ¿Qué fue lo que nos pasó?

—Tal vez, llevábamos mucho tiempo escondiendo lo que sentíamos, y ahora simplemente teníamos que sacar todo lo que llevábamos dentro—la rodeó con sus brazos dándole cobijo, ella aspiró el dulce aroma de su colonia de afeitarse—Tal vez sólo tenía que pasar.

—Pero ahora me siento como una zorra, sucia y despreciable—una lagrimita rodaba por su mejilla, se sentía tan desgraciada—Le fallamos a nuestras parejas, no sé si algún día nos lo puedan perdonar.

Sabía que estaba mintiendo, ella no tenía ninguna pareja a la cual fallarle, pero ya le había dicho que trataría de intentarlo con Ulises, así que tenía que seguir con la farsa, si es que quería salir de una vez por todas de la vida de él.

—Estás hablando en serio, vas a volver con ese idiota—Alex estaba claramente enojado, lo tenso de cuerpo y sus palabras lo confirmaron—me cuesta asimilar que después de lo que hicimos anoche, quieras seguir adelante con ese hombre.

— ¿Y tú Alex? ¿Vas a dejar a Samanta? ¿Le vas a confesar lo que hicimos?

Él tomó su rostro entre sus manos, limpiándole una lagrima solitaria con el pulgar—Si tú me lo pides Miranda, yo lo dejé todo, dejé a Samanta, renunciaría a todas las mujeres del mundo por ti, aún no comprendes que te amo.

Dudaba mucho que lo que sentían fuera amor, el amor por lo regular no daña a las personas, el amor tiene que ser firme, pero sobre todo el amor no se esconde detrás de la amistad, es todo tan sencillo o amas a una persona o no la amas, pero jamás puedes ser su amiga por años, para después descubrir que estás enamorado de alguien.

—Esto no es amor Alex, no puede ser amor, si hace daño a otras personas definitivamente no es amor.

—Entonces no quieres tener nada conmigo, no sientes nada por mí.

—Ahora no es importante lo que sienta o no, lo único que importa es que estamos con personas diferentes, yo no soy buena para ti, sin embargo Samanta es perfecta.

—Deja que sea yo el que decida quien le conviene o quien es perfecta para mí—Alex se pasaba las manos, por el cabello, con gesto de exasperación, le tomó la cara de nuevo entre sus manos—deja que sea yo quien decida si eres o no perfecta para mí.

—Ya lo decidiste Alex, cuando decidiste empezar una relación con Samanta, sin siquiera decírmelo, se supone que somos amigos, que nos contábamos todo, y tú fuiste el primero que rompió nuestras reglas—ella trató de desviar la mirada porque lo que iba hacer le destrozaba el corazón—La elegiste a ella, y yo elegí a Ulises, nuestros caminos no están, ni estarán unidos nunca. Mañana comenzaré a buscar un lugar donde irme a vivir Alex, es lo mejor para los dos.

—Sera lo mejor para ti Miranda, pero no para mí, yo te necesito a mi lado, como tú quieras estar, si quieres ser únicamente mi amiga yo lo acepto, pero no te vayas de la casa.

Tenía que ser más contundente con lo que le decía, porque poco a poco sus defensas se estaban cayendo y de un momento a otro, acabaría aceptando ser la amante ocasional de Alex, y después la botaría como cualquier cosa, como había visto muchas veces que pasaba con la fila de chicas que trataba de atrapar.

—Es lo mejor Alex, no quiero seguir confundida, necesito estabilidad en mi vida, pero sobretodo necesito paz, y eso no la voy a tener a tu lado, sabiendo que perteneces a otra persona.

— ¡Pero te estoy diciendo que renunciaría todas y cada una de las mujeres del mundo por ti! ¿Qué más quieres?

— ¿Qué más quiero? Lo que quiero es olvidar lo que hicimos, quisiera que nunca hubiera pasado nada, que jamás cayera entre tus brazos, quiero no haberme entregado a un hombre que no es libre. ¡No lo comprendes! Me estas convirtiendo en una de tus amantes ocasionales.

—Jamás serás para mí sólo una amante ocasional, para mí serás la mujer que amo, que he amado desde hace mucho tiempo, aunque siempre te amé a escondidas—Ella lo miró como si estuviera loco, no podía estar enamorado de ella, eso era un error. Ella era la mujer menos correcta para él. No definitivamente era un error.

—Sólo estás confundido Alex, está claro que yo no soy para ti, ni tu eres para mí, es mejor que dejemos esta plática aquí, sigue con tu vida, que yo seguiré con la mía.

Después de eso se levantó para irse lo más rápido posible a su casa, la que a partir de unos días sería su ex casa, sentía que la garganta le quemaba, por todas las emociones contenidas, quería tomar a Alex y largarse con él hasta el fin del mundo, únicamente ellos dos, pero no tenía la menor idea de porque simplemente era tan cobarde.

Llegó a su casa encerrándose en su habitación, estuvo esperando por un largo rato que Alex apareciera, que le rogara que estuviera con él, pero nunca apareció, seguramente se había ido con Samanta y eso era lo mejor, mientras más rápido, mucho mejor, así ella comenzaría a tratar sacarlo de su corazón. Eso era la correcto para todos, aunque con el ello le doliera el alma.



Capítulo 6

Una semana después ya había conseguido un pequeño apartamento en renta que estaba muy cerca del taller donde trabajaba. La relación con Alex fue decayendo en los últimos días, él llegaba después de que ella ya estuviera en la cama y de igual manera se iba cuando aún no se despertaba. Pero esa noche sería distinta porque era la última noche que pasaría ahí.

El departamento lo había rentado amueblado, haciendo que su traslado fuera más fácil, era relativamente pequeño tenía dos habitaciones, sala, comedor, una estancia pequeña con dos sillones, era más de lo que necesitaba ya que únicamente ella estaría en ese departamento, en el transcurso de la semana comenzó a sacar poco a poco sus cosas, y así en dos días, tenía todo instalado en su nuevo hogar, aun sentía un vacío por dejar a Alex, pero ya no había vuelta atrás.

Cuando la puerta del departamento se abrió, su corazón comenzó a latir más

fuerte, de manera sofocante, se marcharía al otro día, pues ya era demasiado tarde para hacerlo después de hablar con él.

—Hola Miranda—Alex tenía una expresión seria, como si estuviera enojado con ella, tanto que no se acercó a saludarla como siempre lo hacía antes de que se hablaran en el parque—me estabas esperando.

—Sí, es necesario que hablemos—desvió la mirada a la mesa de centro, como si fuera la cosa más importante del universo, decidió que tenía que ser práctica, era mejor soltarlo todo de una vez que andarse con rodeos—mañana me marcho Alex, he conseguido un departamento.

La mirada de Alex se oscureció, estuvo un momento sin decir nada, hasta que pareció que salía de sus pensamientos.

—Está bien Miranda, respeto tu decisión, no puedo obligarte a que me quieras por más que yo lo deseara con todas mis fuerzas—en ese momento todo en el cambio, era como si de alguna manera se hubiera dado por vencido, y no quisiera luchar por algo entre ellos, al ver su mirada triste justo en ese momento se dio cuenta de que él también estaba pasándola mal, estaba más delgado, su rostro parecía cansado—solo te voy a pedir una sola cosa.

Ella el miró interrogante, sin decir nada, para que él continuara con lo que tenía que decir. Él recorrió la distancia que los separaba, y la atrajo entre sus brazos para estrujarla fuertemente, le sostuvo el rostro entre sus manos, para limpiar una solitaria lagrима, que caía lentamente.

—Necesito que me regales una noche, una sola noche, para convencerte de que te quedes, de que nos des una oportunidad—sin saber porque las lágrimas se escapaban de su rostro—Por favor Miranda una noche, nada mas eso te pido, después si decides irte, no trataré de detenerte.

¿Qué podía perder por pasar una noche con él?, su dignidad, su amor propio, ¿acaso valía la pena?, esperaba que sí, porque nunca lo volvería a ver.

—Y después qué Alex, que pasara con Samanta, no creo que sea justo para ella esto que estamos haciendo.

—Esta noche no debemos pensar en otras personas que no seamos nosotros mismo cariño, por favor sólo quédate esta noche, si quieres mañana te puedes ir, no te seguiré, te lo juro, lo aceptaré, aunque tenga que matar este amor que solo te pertenece a ti.

—Presiento que me voy arrepentir toda mi vida Alex, pero mañana me iré y no volverás a saber más de mí, así que esta será como nuestra despedida.

Él no espero a que ella dijera otra palabra, acercando sus labios a los suyos besándola con pasión, como si nunca más se fueran a besar, con unas ansias locas, de entregarse por completo.

Miranda lloraba entre sus brazos, lloraba porque sólo en esa noche él sería suyo, porque al otro día, sus caminos ya no serían los mismos. Alex comenzó a besar su cuello con una candente tortura, que la hizo estremecerse, anhelaba tanto que él tocara su cuerpo, quería recorrer con sus manos, la firme piel de Alex, esa noche no se detendría ante nada. Esa noche sería suya y nadie se la arrebataría.

Comenzó a desnudarla quitándole la blusa, dejando ver su fino sujetador de encaje, desabrochó su falda dejándola caer a sus pies, estaba justo parada en medio de la sala de estar, solo cubierta con el fino conjunto de lencería. Su mirada la ponía nerviosa, sentía un dolor lacerante en medio de sus piernas, lo necesitaba dentro de ella, fundiéndose en su carne palpitante complementándose como solo ellos dos sabían hacerlo.

La tomó entre sus brazos llevándola hasta la habitación de él, la depositó suavemente en la cama, haciéndola estremecer al tener contacto con las sabanas frías, el frío fue sustituido rápidamente por el calor cuando Alex que se tumbó encima de ella, cubriéndola con todo su cuerpo, sus manos vagaban por todo su cuerpo, como adorándolo con devoción. Mirándola fijamente a los ojos, entró en ella, provocando que ella suspirara por todas las sensaciones que se apoderaban de su cuerpo. ¿Quién podría culparla? Se arrepentiría, estaba segura, pero valdría la pena, sólo por estar cinco minutos de nuevo entre sus brazos.

Alex comenzó a moverse de manera frenética, mientras le murmuraba palabras de amor al oído, sentía su piel estremecerse, con movimientos frenéticos que la hicieron rozar la locura, ambos culminaron estallando en mil pedazos, de tal manera que no se dieron cuenta de cómo gritaban su nombre, transportándose a un mundo de placer indescriptible del que ninguno de los dos quería regresar.

La noche era demasiado corta para amarse, ella se refugió en los brazos de él, no había ninguna duda era el hombre al que amaba más que a nada en la vida, quería ser feliz por sólo esa noche, tendría toda una vida para llorar por sus errores y su cobardía.

Durmieron pocas horas, pues querían disfrutar de todo lo que la noche les brindaba, se despertaron para volver hacer el amor apasionadamente, se amaron de mil maneras, demostrando con caricias, lo que con palabras ninguno de los dos se atrevía a decir.

A media noche Alex, puso música, bailaron a la luz de las velas, desnudos, acariciándose, con sublime ternura.

—No te vayas Mirada te los suplico—le dijo Alex con la voz ahogada—No

me dejes, te amo.

—Eso ya no es una opción, mañana me marcharé Alex, es mejor que disfrutemos de esta noche, porque jamás volveremos a tener otra oportunidad como esta.

La música seguía sonando como queriendo torturarlos con su melodiosa sintonía, mientras con suaves caricias, se demostraban su amor. Para cuando la canción terminó, lagrimas surcaban el rostro de Miranda, pero Alex fue más rápido, y comenzó a secárselas con suaves besos.

—No llores cariño, esto tiene solución, todo va estar bien.

—No va a estar bien, nunca estará bien, esto es prohibido, yo nunca seré la mujer que necesitas a tu lado, prométeme que partir de mañana, seguirás con tu vida y trataras de olvidarme, ¡promételo Alex!

—No te puedo prometer algo que no voy a cumplir, aunque me aparté de tu lado y respete tu decisión, jamás seré capaz de seguir mi vida sin ti, simplemente no puedo, lo eres todo para mí. Necesito que te quedes aquí conmigo.

—No echemos a perder el momento, amémonos, lo que nos queda de esta oportunidad que nos brinda la vida.

Y así lo hicieron, se amaron hasta el amanecer, hasta que ella con lágrimas en los ojos, salió por la puerta principal sin mirar atrás, dejando a un Alex dormido, sin despedirse de él, no se veía capaz de soportar que le suplicara de nuevo que se quedara con él, sus fuerzas fallarían y se rendiría al amor que sentía convirtiéndose en lo que Alex le pidiera que fuera, sería capaz de ser su amante ocasional, con tan solo una súplica más por parte del hombre al que amaba.



Capítulo 7

Dos años después.....

Miranda estaba concentrada mirando un bosquejo de uno de los vestidos para colección siguiente de Madeleine, aunque la diseñadora para la que trabajaba se estaba cotizando bien; estaban empezando un nuevo proyecto de vestidos de novia. Tenía aproximadamente dos meses que acababan de abrir su propia tienda de vestido de diseño de bodas, y por la popularidad de la diseñadora, estaban teniendo bastante éxito.

El vestido que estaba diseñando era realmente hermoso, posiblemente se estaría proyectando, pero era el vestido que le gustaría ocupar el día de su boda. Si es que algún día la llegaba a tener. En su mente se coló la imagen de Alex, lo recordaba cada día, sentado en el sillón de su departamento comiendo palomitas, mientras veían una película en una tarde lluviosa, o caminando por el súper mercado cuando realizaban las compras, tal parecían

un matrimonio joven que reían por todo. Tenía dos años que lo vio por última vez, dos años desde que su corazón estaba incompleto.

Los días después de que ella se marchó de la casa de Alex, fueron duros, era como si estuviera muerta en vida; únicamente iba a trabajar, y eso porque era una necesidad básica, pero su estado de ánimo estaba por los suelos. Era como empezar de cero, no se había dado cuenta hasta qué punto dependía de Alex, pero desde el momento en que tuvo que hacer frente a todas las cuentas por pagar, y llevar las riendas de su pequeño departamento supo que la burbuja donde vivía se había esfumado.

Departamento que por momentos la ahogaba, sumida en una debilidad, y una depresión que le duró varios días, únicamente pensaba en salir corriendo a buscar a Alex. Y lo hizo, de verdad que lo hizo, pero dos meses después de que ella saliera de la vida de Alex, este se había cambiado de departamento. Una de sus vecinas le dio la nueva dirección, ya que Alex como siempre precavido, la había dejado por si ella llegaba a pasar por ahí.

Con el corazón latiéndole a mil por hora, tomó un taxi, pues la dirección era en el otro extremo de la ciudad. Se asombró de ver la majestuosidad del edificio donde se había mudado. El taxi la dejó en la acera de enfrente del bloque de departamentos, estaba esperando a que el semáforo diera el paso para cruzar la calle, cuando los vio salir; nunca en su vida imaginó como así se sentiría que le arrancaran a uno el corazón de un solo golpe, pero ahí desde la otra acera de la calle; viendo con sus propios ojos como el hombre al que amaba caminaba abrazando a otra mujer.

Una lagrima comenzó a rodar por su mejilla, a simple vista se le veía muy contento, caminaba con Samanta, tomándola por la cintura, así como meses atrás caminaba con ella. Ahora la realidad le estaba golpeando la cara dejándola noqueada por completo. Alex había comenzado a vivir con

Samanta, la mujer perfecta para él, y ella no era nadie para interferir en esa decisión, por mucho que le doliera el alma. Ella únicamente figuraría en su vida como una amiga lejana, con la que vivió grandes momentos. Y por las noticias que recibió en la mañana, en unos meses también sería la madre del hijo que nunca conocería.

Si pensaba que tener un hijo como madre soltera era fácil, se equivocaba completamente, los primeros meses se encontraba tan mal, que le dieron incapacidad por varios días; Madeleine era un amor de persona, siempre atenta a lo que pudiera necesitar, ambas compartían una pena amorosa, y aunque su jefa era más reservada en esos asuntos, sabía que sufría de igual forma.

Aunque eso no dejó que interfiriera en su vida profesional, ahora se estaba convirtiendo en una diseñadora de prestigio. Y ella trabajaba como su mano derecha. Un toque en la puerta de su pequeña oficina, la sacó de sus pensamientos para ver a Laura una becaria que había llegado para trabajar ayudándola. Era una chica muy guapa, vestida siempre muy profesional, tenía una larga cabellera rubia, y unos chispeantes ojos color azul casi transparente, Miranda pensaba que ese tipo de color de ojos únicamente era posible tenerlos con unas lentillas, pero esa chica en verdad los tenía. Incluso le había picado los ojos intentando descubrir si eran reales.

—Miranda, ha llamado Madeleine para decir que no puede estar en la cita de las cuatro, ¿crees que puedas atenderla?

—No te preocupes. En cuanto llegué hazla pasar a la salita y me avisas para que yo las atienda; si vez que se ponen muy pesadas porque no está la jefa me llamas inmediatamente.

—Está bien—en cuanto cerró la puerta de su oficina, centró su atención en el

vestido que tenía frente a ella, le encantaba pero sentía que le faltaba algún toque, algo que hiciera decir a una chica <<este es mi vestido>> ya saben, Miranda quería que las novias vieran sus creaciones y lloraran de la emoción.

Suspirando cerrando el programa de su ordenador, pensando que tal vez algún día apareciera el tan deseado príncipe azul. Si tal vez en algún lugar del planeta tierra existiera un hombre desesperado por ser el esposo de una mujer con todos los defectos del mundo y que aparte fuera el padre de una niña pequeña.

Alguien tocó a su puerta, y después apareció Estefany su niñera cargando a su pequeña Alexandra, su hija era la viva cara de su padre, tanto que al momento de nacer, su madre no tuvo ninguna duda de quién era el padre. Por suerte en aquella ocasión no hubo reproches por parte de su madre, y también la apoyó en el momento en el que pidió que fuera una tumba y no dijera nada a la familia de Alex.

Sonrió al ver que su hija estiraba los brazos llamándola para que la cargara. No es que llevara a su hija al trabajo pero de vez en cuando la niñera salía al parque con la niña y después la alcanzaban en el trabajo para llevarla a comer algún lugar. Y ese era el día, tenía pensado llevarla a una hamburguesería donde también contaban con piscina de pelotas y pequeños toboganes donde seguro la pasarían muy bien. Pero antes tenía que atender a la última cita del día.

—Ha llegado el bebé más hermoso del mundo. ¿Cómo ha estado el paseo?

Su hija que aún le costaba balbucear palabras le sonrió, mostrando sus preciosos hoyuelos, era una coqueta sin remedio que tenía embrujados a todos los del bloque de departamentos donde alquilaba. Era una niña preciosa

que tenía unos risos castaños y los ojos color miel más hermosos que ella había visto. Su hija era perfecta.

—Su hija se ha portado muy, hoy esta pillina ha hecho una nueva conquista.

—Dijo su niñera, una chica de veinte años que estaba concluyendo la universidad—un pequeño de lo más lindo. No quiero pensar cómo se comportara cuando tenga quince años.

—Yo tampoco lo quiero pensar, necesito que me hagas un favor, al parecer la jefa tiene problemas para atender a su siguiente cita y tengo que atenderla, hay algún problema con que te quedes un momento más a cuidar a Alex.

Tal vez para muchos ponerle el nombre del padre a los hijos, era algo muy hermoso, pero a ella le recordaba tanto al hombre que amaba y que perdió meses atrás. Pero aun así, de una manera muy masoquista decidió que su hija se llamaría Alexandra y en diminutivo le decía Alex de cariño.

—Claro que no, nosotras aquí la esperamos.

En cuanto dieron las cuatro en punto, se dio un retoque de maquillaje y comprobó que su atuendo era el indicado, no es que ahora fuera a la última moda, pero iba cambiando algunas cosillas que no le gustaban de su aspecto.



Capítulo 8

Caminó por el estrecho pasillo que la llevaría a las salitas privadas donde atendían a la gente importante. No es que tuvieran clientes predilectos, pero algunas clientas querían exclusividad. Así que habían acondicionado esas estancias para que las futuras novias se sintieran más cómodas.

Abrió la puertecilla que llegaba a la salita y entró sonriendo para quedarse parada anclada al piso. La última persona que esperaba ver en ese instante, se encontraba sentado al lado de Samanta, y para más inri en ese momento se estaban besando apasionadamente. El mundo se le cayó encima, estaba a punto de dar la vuelta para salir de ahí, cuando la voz de una mujer de la que ella no se había percatado le llamó, haciendo que no le quedara más remedio que seguir ahí.

—Oh la señorita Madeleine, ¿verdad?

—No, Madeleine ha tenido un imprevisto y me ha pedido que los atendiera,

en su nombre.

— ¿Miranda?—dijo Samanta acercándose a ella— ¡cariño es Miranda!— vale, lo último que le faltaba era que su enemiga se alegrara de verla.

Alex aún seguía mirándola como si no la conociera, como si fuera una aparición, y no era para menos, en esos instantes a ella también le parecía un sueño estar frente al hombre por el que lloraba todas las noches.

Trató de mantener la compostura, aunque le fue totalmente imposible; ver de frente al hombre que perdió por una tontería, hizo que le temblaran las piernas; ahora que lo reflexionaba era una tontería completa, cuantas veces le tenía que decir Alex que la amaba, en que idioma lo tenía que decir para que a su estúpida mente le llegara el mensaje. Aunque claro eso ya formaba parte del pasado.

Aunque por otro lado, igual su loco y estúpido corazón no se había equivocado. Alex nunca la fue a buscar, incluso y con todas las promesas donde le decía que la amaba; pero el destino a veces le gusta jugar muy chueco, ahora estaba ahí parado frente a ella, esperando para que Samanta eligiera su vestido de novia.

— ¿Miranda?—el simple sonido de esa voz le provocó miles de estremecimientos, aun aturdida no fue capaz de decir algo, después de unos segundos perdiéndose en las profundidades de sus ojos, escuchó que alguien hablaba detrás de ellos.

— ¿Alex, ustedes se conocen?—La voz de la que debería ser la madre de Samanta llegó hasta ellos sacándolos de sus pensamientos.

—El novio no debe estar presente en la elección del vestido—dijo ella de manera atropellada, quería mostrar profesionalismo pero era imposible. Tan

sólo de pensar en que la niñera y su hija estarían a unos metros de ahí, le provocaba que le diera un vuelco el estómago.

—Es cierto cariño, quedamos en que únicamente me acompañarías y de ahí te marcharías, no puedes ver el vestido porque es de mala suerte. —la voz de Samanta era de pura felicidad, y por un momento se sintió más estúpida de lo que ya era. Cuando miró a Alex, estaba segura de que en sus ojos estaba aún el amor reflejado por ella. Pero no era si, y ella era únicamente una estúpida.

—Samanta me alegro mucho de verte de nuevo, y más en estas circunstancias —dijo acercándose a la señora que estaba parada detrás de Samanta—y usted debe de ser la madre de la novia, encantada de tenerlas aquí.

Alex parecía querer decir algo pero al final no se decidía, así que para no alargar más la reunión, sin mirarle a la cara le dijo que tenía que salir para que comenzaran la reunión. Él sólo la miró impotente y salió de la habitación para dejarlas elegir el vestido de la futura esposa.

—Muy bien Samanta que tienes pensado para tu vestido. —dijo sonriendo mientras las tres se sentaban en unos cómodos sillones blancos, frente a una mesilla central, donde ya tenían dispuestos unas tazas de té con pastelillos.

— ¿Estas enojada con Alex?—la pregunta viniendo de la prometida del padre de su hija, la dejó por un momento confusa. Ya se veía contestando ¡oh, si mira es que he sido una estúpida de primera y dejé que me ganaras al hombre de mi vida, y por eso estoy que reviento!

Una vocecilla interna le dijo que esa era la respuesta correcta, que si estaba tan enojada no era más que culpa suya, por ser una mujer insegura y que se infravaloraba. Que tal vez si ella hubiera luchado por lo que realmente amaba no estaría sufriendo por los rincones de cada habitación.

—No entiendo a qué viene tu pregunta, claro que no estoy enojada con Alex, es sólo que dejamos nuestra amistad hace unos años.

—Sí, pero su encuentro no fue como el de dos viejos amigos que después de no verse dos años se vuelven a encontrar.

—Nuestra amistad no terminó muy bien, pero estamos aquí para hablar de tu vestido de novia. Dime tienes alguna idea de lo que quieres.

Samanta al ver que ella no quería seguir hablando del tema, la dejó por la paz para tranquilidad de Miranda. Estuvieron más de una hora hablando de lo que le gustaría para su vestido, mientras Miranda pensaba en que diseño le favorecía más. Aunque no necesitaría mucho, Samanta era muy hermosa, y no necesitaba nada para lucir como una modelo de belleza. Al contrario de ella, si antes se sentía insegura ahora con sus kilos sobrantes, lo era aún más.

Miranda suspiró de alivio cuando Samanta y su madre se fueron de ahí, como en piloto automático se metió en su oficina, y le dijo a la niñera que por favor se llevara a la niña a su casa, que dejaban la salida para otro día. Sabía lo que se le venía encima, pero no se sentía capaz de salir victoriosa.

Esperó a que pasaran por lo menos una hora desde que la niñera se marchará, para tomar su bolso y salir de su oficina. Estaba llamando un taxi, cuando lo sintió, estaba detrás de ella, sabía que la volvería a buscar, sólo que esperaba que no fuera tan pronto.

—Miranda—tal parecía que ese hombre no sabía decir otra palabra. Estaba muy cerca de ella, sentía su aliento erizándole la piel.

—Alex, ¿Qué haces aquí? Deberías estar con Samanta. —dijo sin voltearse, en cuanto sus miradas se encontraran, estaba segura que no habría marcha atrás.

—Miranda, mírame por favor. Necesitamos hablar.

—No hay nada de lo debamos hablar Alex, lo nuestro termino hace mucho tiempo. Es más nunca existió nada entre nosotros, más que una amistad.

—Te he echado de menos, he extrañado a mi amiga cada uno de estos días.

—Tal parece que has buscado un remplazo, no entiendo a qué viene esto.

Como seguía sin querer mirarlo, Alex la tomó del brazo volviéndola para que lo mirara. Estaba tan distinto, no era el mismo hombre que dejo dos años atrás.

—No lo entiendes, si el destino nos ha puesto de nuevo en el mismo camino es por algo. —en su mirada se lograba ver la súplica interna, pero para ellos todo estaba perdido.

—Lo único que entiendo es que la diseñadora para la que trabajo es la encargada de elaborar el vestido de novia de tu futura esposa. Y después de eso, nuestros caminos nunca se volverán a juntar.



Capítulo 9

El corazón amenazaba con salirse del pecho en cualquier momento, las sensaciones que tenía junto a Alex se multiplicaron al mil al tenerlo tan cerca. Infinidad de veces imaginó como sería volver a verlo, imaginaba que le observaba en la calle, y que de pronto la detenía para decirle que la necesitaba más que a nada en el mundo. Pero obviamente eso únicamente pasaría en su alocada imaginación.

Ahora se recriminaba lo estúpida que era, Alex le había dicho que necesitaba recuperarla como amiga, en su mirada vio la súplica interna y únicamente pudo decirle que sí, que retomarían su amistad. Pero muy dentro de ella pedía a gritos nunca volver a verlo. Porque mientras más pensaba que pronto se casaría con otra mujer, más le dolía el corazón.

Llegó a su casa agotada física y mentalmente, únicamente le apetecía cerrar los ojos y regresar ese día, para no asistir al trabajo. De esa manera evitaría

encontrarse con su pasado. Por lo menos al llegar a su casa pudo olvidarse de todo lo que estaba sucediendo; su hija demandaba la mayor parte del tiempo que estaba ahí.

Cenaron las dos en la soledad de su casa, estaba dándole una cucharada de puré a su hija pensando en lo hermoso que sería tener una pareja que la apoyara en todo. Criar a un bebé ella sola le estaba pasando la factura, a veces quería rendirse pero miraba la carita sonriente de su hija y todo el agotamiento se le esfumaba del cuerpo.

Si tan solo el padre de su hija se enterara de su existencia, pero no quería tentar a la suerte, Alex tenía recursos para quitarle a su hija, y ella no dejaría que nadie le arrebatara lo que más quería en la vida.

Terminaron de cenar y se dedicó a la ardua tarea de duchar y preparar para dormir a su pequeña; cuando terminó estaba exhausta, a veces pedía a gritos un respiro. Cuando por fin logró que su pequeña diablilla se quedara dormida, se metió a duchar y se puso una bata de seda ligera, para estar más cómoda.

El encuentro con Alex la había dejado algo inquieta, tanto que no lograba dormirse, estuvo dando vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño, salió a la cocina para prepararse un té. No quería volver a la cama, así que encendió el televisor, estaban pasando una película romántica y pensó que justo lo que necesitaba era ver como los protagonistas sufrían por amor. Como si ella no tuviera suficiente con su situación sentimental. Sorbió de su taza de té pensando que su vida estaba patas arriba.

Tal vez fue ver a Alex con su prometida lo que la hizo recapitular pensando que la vida sigue, que Alex no había detenido su vida sólo porque ella lo había abandonado. Claro que nadie en su sano juicio detiene su vida solo

porque un amigo decidió tomar un camino distinto. “claro solo tú has tenido una vida de monje desde que cruzaste la puerta del departamento que tenías con Alex” le dijo la vocecilla fastidiosa que estaba segura aparecía únicamente para atormentarla. Como si todo fuera tan fácil, ya quisiera ella tener el valor que tenían muchas para luchar por lo que más querían. Pero ella no estaba como andarse tirando de cabeza a la piscina. Las relaciones amorosas prácticamente las había descartado de su vida, y eso porque aun pensaba que algún día encontraría a un buen hombre que la amara y que compartiría su vida. Lo malo es cuando tu estúpido y tonto corazón ha decidido que le pertenece a un solo hombre y no está dispuesto a dejar entrar a nadie más.

Suspiró apagando la televisión, si quisiera llorar lo único que tenía que hacer era recapitular sobre su penosa vida amorosa en lugar de ver películas lacrimógenas. Se acercó a la ventana que estaba en la estancia para ver las luces de los automóviles pasar, vivía en el último piso y tenía unas vistas increíbles de la ciudad, y todo por un módico precio mensual, justo lo que necesitaba porque con una pequeña a la que mantener era difícil pagar una renta más cara.

Tan concentrada estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que un hombre estaba parado frente a su edificio mirando en dirección a donde ella estaba parada. Un movimiento del hombre le hizo percatarse de su presencia, y palideció al ver de quien se trataba; podía reconocer la presencia de Alex a kilómetros de distancia y con los ojos cerrados, ¡vale! Tal vez no con los ojos cerrados pero de que lo reconocería, eso estaba jurado.

Se quedó mirándolo por unos instantes, sabía que se tenía que retirar de la ventana, aunque claro que él ya se había percatado de su presencia, pues la luz encendida seguro dejaba ver su silueta detrás de la cortina. Sintió que el

corazón se le salía del pecho, estaba ahí parado frente a su casa, ¿¿qué demonios estaba buscando?! Pensaba que le había dejado las cosas demasiado claras, retomarían su amistad pero era muy pronto para tener un encuentro, si por ella fuera no lo volvería a ver nunca en la vida. “eso no te lo crees ni tu misma, de hecho estoy segura que estas deseosa porque suba para estar cerca de él” ahí estaba de nuevo su conciencia diciéndole cuanta estupidez se le ocurría. Era obvio que ella no quería eso, no señor, ella quería a Alex lo más lejos posible de su vida y de la de su hija.



Capítulo 10

Tal vez fuera muy fácil dejar fuera de su vida a Alex, estaba convencida, que si hacia un trabajo excelente con el vestido de Samanta, igual nunca lo tenía que volver a ver, porque vamos, el novio nunca tenía que estar en las sesiones de prueba de la novia. Si tan sólo Samanta no se hubiera presentado en su oficina, si tan sólo no la estuviera mirando con esos ojos suplicantes mientras le entregaba una preciosa caja de cristal que traía unas hermosas florecillas decorándola, en el centro ponía una tarjeta que decía:

“Él me lo pregunto y dije sí, ahora te toca a ti”

Dentro de la cajita en una hermosa almohadilla venia un collar con la inicial de su nombre, y sí, de esa manera Miranda estaba segura que comenzaría su clavarío.

—Samanta, esto me toma por sorpresa, como te lo digo...pues esto me halaga de verdad... pero estoy segura que tus amigas se sentirán desplazadas.

—No seas tonta Miranda, nunca he tenido amigas verdaderas, y Alex me ha dicho que retomaron su amistad, así que decidimos que sería una muy buena idea para fortalecer su amistad, incluso de esa manera comenzaremos una amistad tu y yo.

¡Qué alguien la despertara de esa pesadilla por favor! No le podía estar pasando eso a ella. La prometida del hombre al que amaba la estaba invitando a que fuera su dama de honor, no pero si eso estaba más que destinado al fracaso. Parecía un cliché barato, no definitivamente no aceptaría. Estaba buscando las mil y un maneras de rechazar semejante proposición sin encontrar ninguna sola.

—Por favor miranda, eres la única amiga de los dos, te necesitamos en nuestro día especial.

¡Maldición! Todo eso muy irreal, no definitivamente el mundo se estaba volviendo loco.

—Promete que no me obligaras a usar un vestido en color extravagante—dijo intentando ignorar la voz de su conciencia que se estaba burlando de ella, diciéndole que no se había resistido mucho. Mientras sonreía a una Samanta que la observaba de manera soñadora.

—Perfecto, en cuanto la organizadora de bodas me diga donde tenemos que ir, yo te informaré, de cualquier forma le daré tus datos para que se ponga en contacto contigo. —Samanta se levantó de su asiento frente a su escritorio como si fuera una reina, Miranda pensaba que saldría de ahí, pero lo que realmente la dejó sorprendida fue ver como rodeaba el escritorio y la abrazaba con demasiada efusividad—no sabes cómo te lo agradezco, Alex estará encantado con la noticia.

¡Yeiii! Si seguramente Alex estaría fascinado de que la mujer con la que le

puso los cuernos a su novia ahora fuera la dama de honor de su futura esposa. En cuanto Samanta salió de su oficina, se dio cuenta del enorme error que había cometido, estaba como para que la encerraran en el manicomio. Era la estúpida más grande del universo de eso ya no había ninguna duda.

Horas después estaba comenzando con el diseño de Samanta para más inri, cuando le sonó el móvil, tan concentrada estaba en su diseño que no miró siquiera quien hablaba.

—Diga—contesto, pero no recibió ninguna respuesta— ¿diga?

—Miranda—la voz de Alex la sobresalto provocando que casi tirara el móvil. ¡Demonios! ¿Por qué le tenía que llamar?

—Alex, ¿Qué sucede?—trató de que su voz sonara más tranquila pero eso era algo imposible — ¿por qué me estas llamando?

El suspiro cansado que se escuchó al otro de la línea le dijo que algo no estaba bien.

— ¿Por qué has aceptado ser la dama de honor de Sam?

—Porque me lo ha pedida ella, me ha dicho que ustedes estaban de acuerdo en esa decisión, pero si quieres que le cancele, mañana mismo hablo con ella.

— ¿Cómo te vas a sentir con eso?

¿Qué cómo se iba a sentir? ¿Acaso era estúpido o qué? seguramente él pensaba que estaba aceptando gustosa, parecía que era un idiota redomado que no se enteraba de nada. Él era el que debía de haber frenado a su novia para que no insistiera en que ella sería la perfecta dama de honor.

—Alex ¿Cómo quieres que me sienta? Lógicamente algo incomoda, nunca he participado en un evento así, y se supone que ese puesto es para la mejor

amiga de la novia. Y la verdad no es como si nosotras fuéramos las grandes amigas, ¡Por Dios! Si únicamente le vi dos veces en la vida. Y si lo vemos de manera diabólicamente literal soy la amante de su prometido.

— ¿Ahora eres mi amante?—preguntó divertido al otro lado de la línea, la verdad es que ella no le encontraba nada de divertido a la situación.

— ¿Ahora eres estúpido? Fui Alex, en tiempo pasado, del verbo ya pasé de página, en serio porque preguntas eso.

—Sólo quiero saber si estarás bien con esta decisión.

— ¡Súper!, no sabes... siento que de un momento a otro voy a reventar de la felicidad—dijo aparentando serenidad, estaba punto de decir algo cuando la puerta de su oficina se abrió dejando ver a su niñera con su hija—tengo que colgar Alex, necesito terminar este diseño.

Sin esperar respuesta colgó la llamada antes de que a su hija se le ocurriera ponerse a gritar como era su costumbre. En cuanto terminó de poner algunos avances a su diseño, apagó su ordenador para salir de ahí. Nunca le había gustado tener tanto tiempo a su hija dentro de la oficina.

En cuanto salieron se fueron a pasar una tarde divertida en el parque de diversiones, Miranda no sabía porque pero no dejaba de voltear para ver si no la estaban siguiendo. Algo ilógico, no es que pensara que alguien la quería secuestrar o algo así, no, lo que pasaba es que desde que vio a Alex frente a su casa; ya no tenía tranquilidad.

Era un tema sumamente delicado, como llegas y le dices a alguien <<eh te acuerdas, la noche que nos acostamos me dejaste embarazada>> eso vale para las chiquillas de quince años que tienen alteradas las hormonas, no valía para ella, que era plena y consiente de lo que estaba haciendo. De manera que

no la embabucaron para que terminara así, ¡vamos tenía treinta años cuando se embarazó! pero enfrentarse a la verdad era un trago que aún no quería probar.

La verdad es que últimamente el pensamiento de no decirle nada a Alex de la existencia de su pequeña, se le hacía más apetecible. Pero su hija crecía a pasos agigantados y en un dos por tres estaría preguntando porque ella no tenía papá. Se pasó una mano por su cabello en señal de nerviosismo, todo giraba a unas cuantas palabras. Estaba claro que tenía que decir la verdad pero ahora la gran duda era en que momento.

Cambiaría en algo que ella le dijera que tenían una hija en común. “Lo que estas esperando es que él cancele la boda sólo porque tienen una hija en común” le decía su molesta voz interna que no hacía otra cosa más que atormentarla. Lo malo es que mucho se temía que sí, aun creía en los finales felices y quería uno para ella y su hija.

Los días pasaron y para su paz mental Samanta no se puso en contacto con ella, de manera que se pudo relajar, tal vez Alex la había convencido para que dejara de lado la absurda idea de que ella fuera su dama de honor.

El vestido que estaba diseñando para la flamante novia bien podría compararse con un vestido usado por la realeza. Las finas capas de tela caían vaporosas para amoldarse a la figura espectacular de Samanta. Apenas estaban armándolo en el taller, pero ella ya se había asegurado de que todos los detalles estuvieran tal cual los había pedido la novia.

Ese día estaba especialmente cansada, de repente a todas las novias de la ciudad se les había ocurrido casarse por las mismas fechas, así que estaban saturadas de trabajo. Madeleine estaba contenta con los resultados y a veces ella admiraba su capacidad para aguantar tantas horas de trabajo, vale que era

la dueña y la mente maestra de su línea de ropa, pero siempre era la primera en llegar y la última en salir.

En un futuro ella también quería iniciar su propio negocio y su propia línea de ropa, no quería ser la mano derecha de Madeleine toda la vida. Pero de momento tenía asuntos más importantes que resolver.



Capítulo 11

Estaba segura que de un momento a otro su hija comenzaría a dar sus primeros pasos, estaba sentada en el mullido sofá de la sala, cuando la niña comenzó a caminar y a soltarse poco a poco; sólo fue un paso, al que le siguió otro y luego otro. Casi chillaba de alegría cuando llegó hasta donde ella estaba, vale, a lo mejor eran solo cinco pasos pero para ella eran los mejores de su vida. Su hija era medio flojilla en esos aspectos y aunque ya tenía más del año de edad aún no se había lanzado a la aventura de caminar solita.

Sonrió encantada aplaudiendo como una niña pequeña tratando de no espantar con su reacción a su hija. Lentamente tomó el móvil para immortalizar el momento, algo como eso no se repetiría nunca en la vida; era una lástima que tuviera que vivir esos momentos ella sola. Un suspiro de nostalgia la invadió, pero decidió que no era el momento de ponerse tristonca, ¡era un momento feliz!, su pequeña ahora comenzaba a caminar; algo que por

una parte le provocaba felicidad y pánico a la vez.

Al día siguiente estaba concentrada observando un muestrario de telas, cuando le llamaron al móvil; su corazón prácticamente dio un salto mortal triple con un grado de dificultad de cinco punto cero al ver el número desconocido. Su muy estúpido corazón que ya se había aventado un clavado, y esperaba ansioso que fuera Alex quien llamara.

—Diga—dijo sin poder evitar que en su voz se notara cierto tono esperanzador.

—Miranda—Vale, no era Alex, se lo confirmo la voz de mujer al otro lado de la línea. Provocando que su corazón cayera de cabeza sobre la piscina sin agua.

— ¿Quién habla?—preguntó pues no le sonaba de nada el tono de voz.

—Soy Sam, te llamo para decirte si esta tarde me puedes acompañar para hablar con la organizadora de la boda. ¿Qué te parece?

¡Qué le parecía! Es que acaso nadie iba a tener consideración por ella. Se negaría rotundamente, estaba claro que ella no estaba hecha para andar del tingo al tango cuando tenía una niña pequeña a la que cuidar.

—Es muy importante que te acompañe, no sé si estaré disponible esta tarde.

—La organizadora dice que sí. Vamos Miranda de verdad me encantaría que me ayudaras en esto de la boda. —la súplica en su tono de voz no pasó desapercibida para ella— en serio, mi madre me está volviendo loca, tu eres la única que podrá salvarme de este martirio.

En ese momento supo que estaba perdida, de ninguna manera se podría negar. Era demasiado débil para dejar a una persona en manos de una

malévola madre.

—De acuerdo, pero no puedo estar fuera mucho tiempo.

—Perfecto, me acabas de salvar la vida.

Horas más tarde Miranda estaba pensando en quien le iba a salvar la vida a ella. La organizadora de bodas, no hacía otra cosa más que decirle lo que tenía que hacer, sus responsabilidades de dama de honor. Nunca en su vida pensó que tenía que hacer esas tareas tan absurdas, que iban desde escoger la vajilla, alzarle el vestido a la novia mientras va al baño, y por si eso no fuera poco; tenía que organizar la tan ansiada despedida de soltera.

En cuanto llegó a su casa se quitó los zapatos de tacón aventándolos descuidadamente; si su día ya era malo, ahora estaba a punto de convertirse en peor al ver a su madre en la sala de estar con su hija armando unos bloquecitos de madera. Bien, para rematar el día, su madre seguro estaría horas dándole lata sobre lo descuidada que estaba.

—He llegado—dijo intentando sonar lo más normal posible.

—Por dios hija que te ha pasado, estas fatal. —Miranda gruñó acercándose a su pequeña que en cuanto la vio, alzó sus pequeños brazos para que la cargara.

—Gracias madre, yo también te he echado de menos en estos días —su madre parecía que acababa de salir del salón de belleza, con su cabello pulcramente peinado, lo tenía cortado por la barbilla, he iba impecablemente vestida, con un atuendo que constaba de un vestido color mostaza y una chaquetilla en tono perla, su bolso de mano del mismo color del vestido, estaba hermoso. Suspiró pensando que nunca sería como su madre, en esos instantes estaba de verdad deseosa de ponerse sus pantuflas, y vagar por la

casa como una indigente.

—Sabes a lo que me refiero hija, te has descuidado mucho y más después de tener a la niña. Sabes que el descarado de Alex me ha llevado la invitación de la boda. Ese estúpido patán, aunque bueno en realidad me la ha llevado su madre. La pobre está tan impactada, siempre pensamos que ustedes hacían muy bonita pareja.

—Por eso has venido. No tenías que preocuparte madre, estoy bien.

—No, por lo que he venido es por esa absurda idea de suicidarte siendo la dama de honor de esa insulsa. —exclamó su madre indignada provocando que ella sonriera. —no puedo creer que te cambiara por una mujer sin chiste, y para terminar con las desgracias dejándote embarazada. Dime si eso no es como para que a tu pobre madre le dé un infarto. —su madre literalmente o teatralmente comenzó a hiperventilar, agarrándose el brazo derecho. —Es que hija siento que me va a dar un infarto.

— ¿En serio?—estaba claro que su madre estaba destinada a ser una pésima actriz—creo, no estoy muy segura, pero cuando te da un infarto por lo regular te duele el brazo izquierdo, no el derecho.

Su madre automáticamente, sonrió como si fuera una niña a la que habían encontrado en medio de una travesura. —Bueno, un detalle insignificante, es que me ha dado un infarto psicológico nada más de pensar en lo que debes estar sufriendo.

—No estoy sufriendo madre, en verdad, Alex ha quedado en el pasado, ahora soy una mujer madura, he independiente, esto no me va a derrumbar; de hecho estoy muy contenta de que ellos quieran dar un paso más en su relación.

—Ya claro, y a mi mañana me nombraran duquesa de Cambridge.

—Como si eso fuera posible. Madre primero tendrías que casarte con el duque.

—No, claro que me pueden nombrar duquesa sin casarme—su madre se miraba su perfecta manicura, mientras decía todas esas sandeces tan convencida.

—Eso es mentira madre, nadie puede ser duquesa sin casarse con el duque. Que por otro lado eres tan capaz que seguro consigues ser a duquesa, pero estoy segura que es una mentira muy muy grande.

—Igual que esa mentira de “estoy feliz por Alex, soy una mujer madura” pamplinas, eso no te lo creé ni tu abuela. Y eso que falleció hace más de veinte años. Tienes que ser más lista, dime que has pensado en decirle que tiene una hija.

—Una enorme cantidad de veces, pero siempre está la cuestión de cuando sería el momento perfecto.

—El día de la boda sería un buen momento.

—Mamá, no te conocía esa vena sanguinaria. —dijo reprimiendo una sonrisa.

—Bueno, sería un buen escarmiento, dime a que hombre se le ocurre tener relaciones sexuales con una mujer, sin protección, y no se digna a preguntar si su graciosidad no tuvo consecuencias.

—Los dos somos culpables. —trató de justificar a Alex, nunca le había gustado que alguien hablara mal de él.

—Está bien, pero mientras más demores en darle esa noticia, posiblemente mas se enfade. No creo que se tomé de buen agrado que le ocultaras la

presencia de Alexandra.

—Sabes la historia, por nada del mundo echaría a perder la vida de él.

— ¡Pero arruinaste tu vida!—exclamó indignada su madre.

—Mi hija no es una ruina en absoluto, es lo mejor que me ha pasado.

Ambas se quedaron mirando a la pequeña, y rieron cuando la vieron cabecear de sueño.



Capítulo 12

Al final pasaron una tarde agradable en compañía de su madre, era increíble el poder que tenía su hija para ablandar a su madre. Un pequeño balbuceo, y su mamá parecía como miel derretida, pura dulzura. La gran incógnita que seguía rondándole era cuando demonios tendría el valor de confesar que tenía una hija. Su pequeña se acababa de dormir, cuando el sonido del timbre la sobresaltó, nadie la visitaba a esa hora de la noche, así que todas sus alarmas estuvieron atentas.

Se acercó casi con miedo a la puerta para ver por la mirilla quien estaba del otro lado. Sus peores pesadillas se estaban haciendo realidad; Alex estaba ahí a unos metros de ella, y en el peor de los casos tan cerca de su hija. Hizo un repaso de la estancia, y vio que un sonajero de su hija estaba tirado junto al sofá. A una velocidad impresionante lo recogió, para llevarlo a la cocina. Suspiró mirándose el cabello en el espejo que estaba justo a un lado de la

puerta. Se repitió mil veces que no estaba nerviosa, aunque no sabía porque le temblaban las manos.

Sintió que el aire le estaba quemando los pulmones, se obligó a respirar una vez más para después abrir la puerta. Alex estaba del otro lado de la misma, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirándola como la había mirado mil veces mientras vivía a su lado.

Tal parecía que el tiempo se había detenido mientras se miraban el uno al otro. Miranda estaba completamente paralizada, con las emociones a flor de piel, la primera vez que lo volvió a ver, sabía que el amor que sentía por él no se había extinguido, estaba ahí latente, pero ahora al tenerlo ahí frente a frente, sentía unas inmensas ganas de arrojarle a sus brazos como cuando vivían juntos y tenía una decepción amorosa.

Las decepciones amorosas llevaron a su mente aquel día, cuando le dijo adiós para siempre a Alex, todos los novios que había tenido, pasaron a segundo término cuando su corazón se desboronó por ser una cobarde que no supo luchar por el amor de un hombre. Ahora lo tenía frente a ella y para su mala suerte Miranda seguía siendo la misma cobarde que dos años atrás.

—Alex, ¿Qué estás haciendo aquí?

Él parecía inseguro, la miraba fijamente como queriendo descubrir algo, suspiro pasándose una mano por su espesa cabellera, como un gesto de nerviosismo.

—Necesitaba verte Miranda.

Su muy tonto corazón dio un salto mortal. “eres una tonta si lo dejas escapar esta vez” le decía la molesta vocecilla en su cabeza, pero de un sólo golpe derribó a su conciencia para que no se metiera más en sus pensamientos.

—Alex, sabes que esta no es una buena idea, creí que lo dejamos claro la última vez que nos vimos.

—No dejamos nada en claro. Pero más bien aclárame en que ocasión dejamos todo resuelto, cuando me dejaste, o la vez que te vi en la calle. Porque en ningún me quedo claro nada.

Sabía que si no alejaba a Alex de ahí, corría un gran peligro de mandar a todos al diablo y besarlo como llevaba necesítándolo desde el día en que puso un pie fuera de su departamento.

—Perdóname Alex—dijo intentando parecer serena—, pero el acuerdo era que pasaríamos la noche juntos y después si quería irme no me detendrías, no entiendo a que vienen ese reproche.

Esas palabras lo lastimarían porque estaba dejando en claro su postura de que no quería nada con él. Pero si dos años atrás no se atrevió a provocar la ruptura de él con su novia, ahora menos lo pensaba hacer. No ahora, que estaba su hija de por medio. Claramente vio en sus ojos el dolor al rechazo, pero no había vuelta atrás.

—Supongo de sigo siendo el mismo idiota de tiempo atrás, que en la primera que te tiene frente a él no puede separarse de ti—no quería dañarlo, de verdad que nunca estaba en sus planes dañarlo pero si no tenía otra opción, no dudaría en hacerlo. A la larga se lo agradecería, porque Samanta era la mujer perfecta para él.

—Supongo que sí, lo mejor es que lo dejemos todo como esta, tú tienes una vida y yo tengo la mía, nuestros caminos se separaron hace dos años y no se volverán a unir nunca más. Ahora si me disculpas mañana tengo que trabajar.

Estaba a punto de cerrar la puerta, pero Alex fue más rápido deteniéndola con

el pie evitando que ella huyera de nuevo. Sin saber cómo, de un momento a otro, se vio aprisionada entre sus fuertes brazos y la puerta. Ni siquiera se dio cuenta de cómo entró, pero ahí estaba atrapando sus labios en un tierno beso, que la hizo temblar de ansiedad.

Era el mejor beso del mundo, era increíble cómo había perdido al amor de su vida por torpe, por ser una cobarde, si tan sólo fuera un poco más especial como para estar a la altura de ese hombre. Pero únicamente era ella, la misma Miranda insignificante.

Sus labios comenzaban a reclamar respuesta. Una respuesta que no tardó en llegar al estar tan embriagada por las sensaciones que la embargaban. Era imposible no dejarse llevar, tal vez la sociedad la tacharía de ser una mujer de moral ligera, por estar besando a un hombre comprometido, pero si supieran la intensidad de sus sentimientos, no les quedaría duda alguna que por lo menos para ella, el amor estaba de por medio.

Se fueron separando poco a poco renuentes a dejar de sentir el contacto del uno con el otro. Sus respiraciones estaban más aceleradas. Claramente ese beso era un gran error, un error que no se volvería a repetir, se dijo, mientras su conciencia se burlaba abiertamente de ella, diciéndole que eso no se lo creía ni su abuela.

— ¿Por qué me dejaste Miranda? —Alex apoyo la frente en la de ella, acariciando su rostro, ninguno de los dos quería perder el contacto; Miranda se sintió tan bien que no quería estropear el momento.

—No te deje Alex, lo nuestro sólo fue una amistad duradera y te suplico que se quede de ese modo.

—Y que se supone que tengo que hacer con todo lo que siento por ti.

—Alex—dijo en tono de advertencia, lo que menos necesitaba era escuchar sus sentimientos—no digas esas cosas, sabes que lo sientes no es verdadero, es únicamente un espejismo; yo jamás seré merecedora de tu amor. Sigue son tu vida, cástate con Samanta, y se muy feliz.

—No lo voy a ser nunca, no seré feliz si no es a tu lado, aunque tu pienses que estoy confundido o que todo es producto de mi imaginación; no quiero estar al lado de otra persona que no seas tú.

—No quiero volver a repetirlo, no voy hacerle esto a Samanta, ella merece que la quieras por sobre todas las cosas Alex. Se feliz y no me hagas más daño.

Costándole la vida misma, se alejó de él dándole la espalda. No quería ver su mirada; porque caería en la tentación de no dejarlo marchar.

—No puedo creerlo Miranda que no te des cuenta de que siempre te he amado, ¿Por qué te empeñas en estar separada de mí?

—Tal vez porque mis sentimientos no son los mismos que los tuyos—dijo mintiendo descaradamente, mientras su conciencia la miraba de manera reprobatoria, golpeándose la cabeza.



Capítulo 13

Tenía plena conciencia de que si existía alguna posibilidad para estar junto a Alex, la acaba de echar a perder para siempre, después de que le dijera que no sentía lo mismo por él, lo único que escucho fue un sonoro portazo, avisándole que se había marchado.

Un profundo dolor le quemaba por dentro, y la vocecilla de su conciencia le recriminaba por ser tan estúpida, pero no quería ser la causante de una separación, no cuando no estaba dispuesta a dar todo por él.

Fue casi un alivio escuchar el llanto de su hija, gracias a eso se pudo concentrar en volver a dormirla, dejando a un lado las lágrimas de frustración por ser tan cobarde. Los días siguientes pasaron sin pena ni gloria, volvía a la rutina, de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, la organizadora de bodas le había enviado un mensaje para ponerse de acuerdo para escoger la vajilla y para que la ayudara a elegir donde se llevaría a cabo la recepción nupcial.

Pero todo lo hacía de manera automática, mientras en sus pensamientos estaba la espinita de que había lastimado a Alex, y que esta vez sí era definitivo el adiós.

Por la noche estaba sentada en su cómodo sofá mirando por la ventana a la calle, tan sumida en sus pensamientos que cuando tocaron el timbre de su puerta se sobresaltó derramando la taza de té que tenía en sus manos. Su tonto y estúpido corazón se sobresaltó pensando que era Alex, quien la volvía a buscar. Observó por la mirilla para darse cuenta de que no podía estar más equivocada, detrás de la puerta estaba Samanta con cara de que alguien acababa de morir, abrió de golpe pensando que algo malo le había pasado a Alex, porque de otra manera no entendía el gesto congestionado de Samanta.

—Miranda...—la voz de Samanta se escuchaba entre cortada por culpa del llanto, poniéndola más nerviosa de lo que ya estaba. —Alex, quiere romper el compromiso.

De todas las frases que pasaron por su mente, nunca, ni en sus más recónditas pesadillas, se imaginó que Alex quisiera terminar con Samanta.

—Cálmate Samanta, dime que fue lo que pasó. Porque dices que Alex quiere romper el compromiso.

Miranda ayudo a Samanta a que se sentara en uno de los sofás de la sala, para después sentarse ella a su lado, nunca fue buena cuando tenía que consolar a alguien, por lo regular el que siempre estaba ahí para brindarle sus brazos era Alex, de manera que no sabía cómo reaccionar en estos casos.

—No sé, lo que ha pasado, ha llegado diciendo que necesitamos tomar un tiempo, que todo lo de la boda lo está abrumando, Miranda—dijo la pobre mujer mirándola con la esperanza reflejada en su rostro—tú lo conoces mejor que nadie, dime que es lo que le puede estar pasando. Antes estaba muy

animado con la boda, el compromiso, yo...no sé qué hacer sin él.

—No digas eso Samanta, seguro que serán los nervios de la boda, de vez en cuando las mujeres también se sienten presionadas y tienden a querer salir huyendo.

—No lo entiendes Miranda, esta vez pude ver en sus ojos que decía la verdad, no quiere seguir con el compromiso, y no sé qué tengo que hacer para que me ame lo suficiente.

—Claro que te ama lo suficiente, los nervios suelen traicionar a todo el mundo. Tal vez lo único que necesitan es sentarse hablar como las dos personas maduras que son.

—Tengo miedo de que no lo solucionemos, tengo miedo a perderlo—dijo sorbiendo por la nariz como una niña chiquita—sabes siempre supe que existía otra mujer en su corazón, pero con el tiempo pensé que ya no la amaba. Sabía a lo que me enfrentaba, pero es horrible tener que luchar contra un recuerdo.

— ¿Sabes quién es esa mujer?—Alex era un completo estúpido, estaba dejando a una mujer maravillosa por una simple ilusión.

—No, nunca hablamos de su nombre, sabes que es lo más chistoso...siempre pensé que eras tú. —Miranda se quedó totalmente pálida, no, Samanta no tenía que descubrir que ella era la mujer por la que Alex quería romper el compromiso—la primera vez que lo vi, no podía creer la suerte que tenía, es tan guapo, pero nunca me volteaba a ver dos veces.

—Es que Alex es algo tonto, se había planteado que no se involucraría con nadie del trabajo, para no tener problemas.

—Pues yo estaba loca por él, un día, no lo pensé más y me lance sin más. Fui

tan feliz. Pero él me dejó claro las cosas, en cuanto decidimos comenzar una relación me dijo que estaba enamorado de otra chica; y no se creía capaz de amar a otra persona. Y aun así con esa advertencia estúpida decidí jugarme el todo por el todo.

—Samanta no sé qué decirte. Tienes que hablar con Alex, recuérdale que fue lo que lo motivó a comprometerse contigo. Sé que te ama, de otra manera no hubiera dado un paso tan grande en su relación.

Ambas se quedaron paralizadas cuando el llanto de su hija se escuchó por toda la habitación. Miranda corrió a la habitación pensando que algo le había sucedido. Pero para fortuna de todos únicamente se había despertado y al no ver a su madre estaba llorando. Tan concentrada estaba en volver a dormir a su pequeña, que ni siquiera se percató de que Samanta la miraba con asombro al lado de la puerta de la habitación de su pequeña.

Cuando su hija volvió a quedarse dormida, se volvió para ver con asombro como Samanta la miraba con el ceño fruncido.

— ¿Tienes una hija?

—Sí—fue la única respuesta que pudo dar, no era el mejor momento de todos como para que Samanta se enterara de su existencia.



Capítulo 14

El sonido insistente de su móvil logró que pudiera escapar del interrogatorio de Samanta, aunque en realidad no tenía que rendirle cuentas a nadie; para eso era madre soltera. Caminó hasta la sala donde estaba su bolso, y como si no fuera poca su desgracia quien llamaba no era otro más que Alex, por un momento estuvo tentada a no responderle la llamada, pero Samanta necesitaba que resolvieran la situación en ese preciso instante.

—Diga—sabía que a partir de ese momento tenía que ser muy cautelosa, una palabra en falso y todo se podía venir abajo.

—Miranda—Alex suspiró al otro lado de la línea, estaba nervioso lo notaba en su respiración acelerada, era tan obvio que se escuchaba perfectamente por el intercomunicador—he roto el compromiso con Samanta.

—Lo sé, ella está aquí, ha llegado muy afectada por toda esta situación,

necesitan sentarse hablar.

—Miranda...Miranda...Miranda, no vez que lo he hecho todo por ti.

— ¡Para Alex!—exclamó antes de que él dijera una estupidez, giró la mirada en dirección donde Samanta estaba y la encontró mirando por el ventanal con la mirada perdida—Alex tienes que hablar con ella, está muy afectada.

—En verdad vas a dejar que continúe con el compromiso.

Ignorando sus palabras , cerró los ojos tratando de encontrar la manera adecuada de decirle que no siguiera insistiendo, ya que su prometida estaba a una mínima distancia de ella—Sabes que pienso que ustedes forman la pareja perfecta, es al lado de Samanta donde debes estar, no echés a perder esta oportunidad que te brinda la vida. Es la mejor mujer que has encontrado nunca, si sabes reconocer el amor verdadero sabrás que ella es la indicada.

— ¿Y tú, Miranda?, ¿sabes reconocer el amor verdadero?—no caería en su juego, por ese día ya había tenido bastantes sobresaltos.

—Ven por ella Alex, y arreglen sus diferencias.

Al otro lado de la línea no se escuchó nada y supo que le había colgado, tal vez hizo mal en intervenir a favor de Samanta, pero de verdad que estaba convencida de que era lo mejor para todos. Incluida para ella. Se acercó al ventanal para ver como los ojos de Samanta trataban de contener las lágrimas.

—En un momento Alex vendrá a buscarte, solucionaran todo, ya lo veras, en menos de lo que canta un gallo estarás diciendo sí quiero frente al cura.

Ese pensamiento le dejó un mal sabor de boca, pero era eso por lo que había decidido hacerse a un lado, para que ambos fueran felices; por momentos

sentía que tenía la cabeza hecha un desastre. Le dolía tanto su cobardía, porque aunque trataba de convencerse de que era la mejor para todos; algo le decía que tal vez toda esa absurda idea era errónea.

No tuvieron que pasar muchos minutos para que el timbre de nuevo sonara de manera insistente; temiendo que su hija se volviera a despertar, abrió la puerta para ver que Alex estaba del otro lado, y por la mirada que le dirigió sabía que no venía de muy buen humor.

—Pasa—Samanta que estaba sentada en el sofá, se levantó al instante para acercarse a la puerta, la mirada de Alex y la de Samanta se cruzó por un instante, después se volvió a verla a ella, como pidiéndole que detuviera todo ese asunto, pero ella no fue capaz de hacerlo, no, únicamente se dio la vuelta para dejarles todo la intimidad posible para que arreglaran sus asuntos.

—Por favor chicos, cerrar la puerta en cuanto salgan.

Caminó despacio hasta su habitación, como renuente a dejarlos en la estancia, en la amplia cama estaba dormida su hija. El sonido de la puerta al cerrarse le hizo darse cuenta de su gran estupidez, pero es que una mujer con una neurona en el cerebro no dejaría escapar al amor de su vida, todo por culpa de sus malditas inseguridades.

Cerró los ojos tratando de dormir un poco, pero el pensamiento de que era una completa estúpida no dejaba de rondarle por la cabeza. Su hija se tapó los ojos con un bracito, y recordó que Alex dormía de esa manera, lo había visto miles de veces, mientras vivían juntos, definitivamente era un completa estúpida. Con ese pensamiento se durmió añorando que el día siguiente su corazón estuviera menos lastimado.

Para su mala suerte al día siguiente tenía que ver los detalles de la prueba del vestido de Samanta, una parte de ella estaba deseando, casi suplicando que la

boda se cancelara, y la otra parte estaba pensando que era una desgraciada por pensar eso.

Cuando dos horas más tarde su móvil comenzó a sonar insistente, sabía que estaba frente a la respuesta que había estado esperando por horas, en esa llamada se definiría si Alex había entrado en razón y seguiría al lado de Samanta, o si tal vez solo tal vez, él era el mismo estúpido de siempre que la seguía amando y dejaría todo de nuevo.

— ¡Miranda!—el tono de felicidad de Samanta al otro lado de la línea, hizo que se le formara un nudo en el estómago. La decisión estaba tomada, lo había dejado a la suerte y ahí estaban las consecuencias—hemos retomado el compromiso Miranda, estoy tan feliz que no tengo palabras para agradecerte todo esto, mi felicidad te la debo a ti, no sé qué le dijiste a Alex, pero ha dicho que seguiríamos con la boda. ¡Soy tan feliz!

Perfecto, simplemente perfecto. Si a estúpida no había quien le ganara, ¡por Dios! La que no tenía palabras para describir tanta estupidez era ella.

—Sam, me alegro muchísimo de que todo este arreglado entre ustedes—dijo mientras se limpiaba una lagrima traicionera que comenzaba a resbalar por su mejilla, no entendía porque, pero recibir esa noticia la puso demasiado sensible—de verdad que estoy muy feliz, pero en estos momentos estoy muy ocupada, te devuelvo la llamada en un rato.

Sin dejar que Samanta respondiera colgó la llamada, no lo soportaba, no lograba comprender en que cabeza de chorlito cabía que ella sería realmente feliz viendo como Alex unía su vida a otra persona. ¡No, no y no! Definitivamente tenía que lograr que esa boda no se llevara a cabo, incluso si tenía que dejarse la vida misma en el intento, pero Alex no podía casarse con otra persona que no fuera ella.



Capítulo 15

Decirlo era más fácil que hacerlo, ahora comprendía la magnitud de su estupidez, toda la determinación que tenía la noche anterior se había ido literalmente por el caño. Pero es que ahora cómo demonios lograría que Alex la volviera a amar, pero sobre todo como lograría cometer toda esa locura sin que Samanta saliera lastimada en todo el proceso.

Estaba completamente loca, cualquier persona que conociera su historia diría que era una mujer inmadura, que no sabe lo que quiere, y que únicamente hasta que lo ve perdido es cómo reacciona diciendo que no quiere perderlo. Igual pensarían que estaba loca, que era mimada caprichosa, o simplemente una estúpida, pero es lo que tiene el amor, que te vuelve loca y estúpida por partes iguales. Se supone que las personas normales luchan incansablemente por conseguir estar al lado de la persona amada, pero ella tenía la absurda idea que cuando una persona sabe que no es lo suficiente para la otra persona;

lo mejor es alejarse para que por lo menos uno de los dos sean felices.

Y si, a todo ese embrollo le sumaba que tenían una hija, era como por lo menos para que la odiara toda la vida, Miranda cerró los ojos pensando que toda la situación parecía sacada de un cliché dominical, únicamente esperaba que en ese caso la heroína también saliera vencedora. Plantearse vivir una vida alejada de Alex, le parecía imposible por no decir que le parecía que viviría desolada el resto de su existencia.

Dos días después estaba que se subía por las paredes, no tenía noticias de Alex, y tampoco tenía el suficiente valor como para llamarlo ella. La prueba del vestido de Samanta era en una semana y necesitaba comenzar a buscar el lugar ideal para la despedida de soltera. La organizadora la estaba matando a mensajes para decirle que tenían que ir a recorrer la ciudad en busca de un lugar campestre donde se llevara la recepción, ¿Campestre? ¿En serio? En medio de una ciudad, ella lo veía totalmente imposible, pero con las organizadoras de bodas nunca se sabe, luego estas chicas realizaban verdaderos milagros, así que no podía darlo por perdido lo de encontrar un lugar.

Por momentos quería cerrar los ojos y que todo hubiera pasado de manera rápida y lo menos dolorosa posible. Por lo mientras esa tarde tenía que ir a la prueba de la tarta, por suerte ahí sí que la acompañaría Samanta.

Estaba dividida entre si comer otro trozo de pastel de chocolate con virutas de menta, o si probar el pastel de menta con virutas de chocolate, ¿en serio se sirve pastel de menta en la bodas? La organizadora se había lucido, los había llevado a una de las reposterías más famosas de la ciudad, donde les pusieron un muestrario de mini pastelillos, todos estaban decorados primorosamente; pero es que eran tan adorables que no quería ni probarlos; aunque su estómago no opinaba de la misma manera. De hecho quería comerse todos

los pastelillos de un solo bocado.

Comenzó probando uno de trufas de chocolate con relleno de fresas, porque claro; el de menta lo dejaría para el final, el pastelillo estaba esquinado, incluso ella diría que fue una sensación burbujeante, el sabor y la consistencia de la crema agrídulce junto con los pequeños trocitos de fresa, provocó que cerrara los ojos y gimiera de puro placer en el paladar.

—Creo que nuestra dama de honor se ha decidido por un pastelillo—tan absorta estaba en deleitarse con el pastel, que ni se dio cuenta de que Samanta hablaba—bueno ahora sabemos cuál es el pastelillo que lleva la delantera.

Abrió los ojos para percatarse que tanto Samanta como la organizadora la estaban mirando a punto de soltar una carcajada, las cuales no se detuvieron en cuanto la vieron limpiar la cuchara con la lengua. Lo único bueno de llevar muchísima hambre, fue que pudo comer todos los pastelillos que quiso, al final de cuenta la novia pagaba.

Lo único malo de la tarde es que habían encontrado, al parecer un lugar campestre fantástico para la recepción, y tenían que ir a verlo, Samanta y la organizadora habían quedado que el fin de semana era fabuloso para ir a ver el lugar, y ella lo único que podía pensar era que tenía que buscar a la velocidad de luz una persona que le cuidara a su hija, antes de dos días.

Bien, únicamente tenía dos opciones, la primera era dejar a su hija con su madre, era obvio que nunca se negaría a cuidar a su nieta, pero nunca se había quedado al cuidado de ella. La segunda era cargar todas las cosas que una madre puede necesitar, y salir con su hija, hasta la fecha Samanta no había mencionado nada acerca de que ella tuviera una hija, y en secreto casi lo agradecía, tampoco habían hablado muy a fondo de la reconciliación de ellos; y no por falta de ganas de Samanta, sino porque Miranda astutamente

vitaba el tema, como si fuera la peste, o la gripe aviar. Vamos que a nadie le gustaría que la actual prometida del que es el amor de su vida, vinera y les diera los detalles más escabrosos de cómo se reconciliaron, Miranda era masoquista, pero no a tal grado.

Hablo con su madre esa misma noche, para ver si podía quedarse a cuidar a su pequeña, pero resulta que hablando de gripes aviares, su madre estaba con un congestionamiento nasal que la tenía literalmente botada en cama. Aunque se ofreció a darle dinero para que la niñera de la pequeña fuera a cuidarla, ella rechazó la oferta, no es que no tuviera dinero para pagarle a la niñera, era más bien que la chica no podía cuidarla en fines de semana. Así que tocaría llevar a su pequeña a conocer el hermoso lugar campestre donde se casaría su padre.



Capítulo 16

Estaba segura que había metido todo en la maleta de su hija, juguetes, un cambio de ropa, su comida preparada, toallitas húmedas por si se ensuciaba, repelente de mosquitos, crema protectora por si estaba el día muy soleado, prácticamente tenía todo, y eso sin contar que no llevaría el cochecito de la pequeña para no ocupar mucho espacio en el automóvil de Samanta.

Por suerte habían decidido que la recogerían en la entrada de su casa; estaba tan absorta revisando si estaba el chupete de su hija en su lugar, cuando alguien sonó el claxon de un automóvil. Con su hija recargada en una pierna y su maleta en el suelo, no se había percatado de quien manejaba el auto.

Pegó un brinco cuando encontró el chupete, sonriendo como si hubiera descubierto la fórmula de la penicilina, pero es que únicamente una persona que ha tenido hijos es consciente de lo que es, que no encuentres algo tan insignificante para uno, pero con un enorme valor para una niña como un

simple chupete.

Acomodo de nuevo su maleta y le puso de manera correcta su pequeño sombrerito a la pequeña Alexa; ya que en la búsqueda del tesoro perdido, se le había caído a un lado. Casi se felicitaba por la elección de su atuendo ese día, unos jeans ajustados, un blusón color gris, a juego con unos cómodos tenis, como no sabía cómo era el lugar que irían a visitar, era mejor estar prevenida, su hija llevaba el mismo atuendo, así que las dos estarían cómodas, los modelitos los había encontrado en una tienda de internet especializada en ropa mamá e hija, y Miranda no pudo evitar la tentación.

Haciendo prácticamente malabares, caminó por la banquetilla para acercarse al auto, abrió la puerta del copiloto con una sonrisa radiante.

—Samanta te importa si voy en la parte de atrás...—dijo, pero las demás palabras murieron en su boca al ver quien estaba conduciendo el auto. Alex. ¡Ahora que se suponía que tenía que hacer!, no era tan sencillo como retroceder, ¿verdad?! En ese momento únicamente quería que la tierra se la tragara.

Tal vez, solo tal vez, si cerraba los ojos, el tiempo retrocedería y estaría de nuevo buscando el chupete de su hija, con el tiempo necesario para salir corriendo antes de que Alex la sorprendiera con su hija en brazos. Se obligó a respirar porque de otra manera, sus pulmones se quedarían sin aire en cualquier momento, y lo que menos necesitaba era quedar tendida en el suelo morada de la cara sólo porque se le olvido respirar, ¿verdad?

Esa vocecilla molesta denominada conciencia le decía que de una buena vez le dijera a ese estúpido hombre que tenía una hija, obviamente le dio una patada mentalmente arrumbándola en un cajón hasta que descubriera como demonios tenía que actuar.

—Se suponía que Samanta pasaría a recogerme—dijo atropelladamente, apretando más de lo necesario el pequeño cuerpo de su hija al suyo.

Alex no decía nada, únicamente las observaba de manera interrogante. ¡Puf! ¿Cómo tenía que reaccionar a esa mirada? Vamos, que Miranda sabía que era una mujer con todos los errores del mundo. Y el error más grande era obviamente ocultar la paternidad de su hija, pero creía que lo hacía por el bien de todos, pero ahora teniendo frente a ella, la verdad es que ya no estaba tan segura.

— ¿Alex?—la simple mención de su nombre pareció sacarlo de su estupor, la miró como si nunca antes la hubiera visto.

—Sube—gruñó prácticamente, vale tampoco quería que la tratara de la manera más cordial, pero nunca se esperó que la tratara de manera fría y distante, como si fuera una desconocida más, aunque claro, una desconocida a la que odiaba, porque prácticamente la estaba fulminando con la mirada.

Se subió al auto antes de que Alex arrancara como un loco por la carretera, el miedo la comenzó a invadir al ver como se saltaba un semáforo que estaba en rojo, y por los pelos no le dio a un auto que estaba comenzando a estacionarte.

— ¡Alex, detente por favor!—dijo, mirándolo por el espejo retrovisor—estas comenzando a asustarme.

Por suerte sus palabras surtieron efecto, porque Alex comenzó a disminuir la velocidad, estacionando el auto sobre una calle despajada.

— ¡¿Qué demonios te sucede, es que acaso quieres matarnos?!—grito exaltada, provocando que su hija llorara al notar su tensión. Pero es que ese hombre era demasiado estúpido para ser verdad. Su corazón aún estaba latía

frenéticamente.

—Así que era por eso, ese era el motivo por el que te marchaste hace dos años—gruño, golpeando el volante del auto.

— ¿A qué te refieres? ¡Me estas asustando!

— ¡Es cierto que te fuiste para tener una relación con otro hombre! ... y yo como un idiota rogándote que no me dejaras, cuando tú estabas ansiosa por comenzar la vida con otra persona.

Esas palabras dichas con tanto odio le quemaban el corazón, que él pensara que lo había abandonado por estar con otro hombre, demostraba lo poco que la conocía; aunque tampoco podía culparlo, ella era la principal responsable de que el tuviera esos pensamientos. ¡Pero todo era tan confuso! Era presa de sus propios errores y de sus propias estupideces, dentro de esas palabras se percató de que Alex, le estaba dando la excusa perfecta para nunca revelar quién era el padre de su hija, y tal vez todo tuviera un final feliz. Pero si lo hacía, cometería un error más grande, del que ya había cometido.

—No entiendo lo que quieres decir—su voz fue casi un susurro, su hija por fin se había calmado, y tal parecía que al notar la tensión de ellos dos se estaba quedando dormida entre sus brazos.

—Nunca consideré que fueras una persona lenta para entender a los demás Miranda. Es obvio que retomaste tu relación con Ulises, o con cualquier otro hombre, con cualquiera menos conmigo. ¿Por qué Miranda? Es que acaso nunca fui el ideal para ti. ¿Qué buscabas?

—No entiendes nada Alex, está claro que nunca llegaras a comprender las razones que tuve para alejarme de ti.

—Ilumíname—escuchó que él replicaba con cierto tono sarcástico.



Capítulo 17

En vez de iluminarlo, lo único que a Miranda se le antojaba era apagarlo a punta de golpes en la cabeza, por comportarse como un verdadero capullo con ella. Cuando fueron amigos él nunca había tenido un gesto así con ella, vale que la relación estaba un poco distante, pero de eso a dejar que le hablara en ese tono, había una vida de distancia.

—No creo que tenga que darte ninguna explicación, es más, estoy segura de que no la mereces por la manera tan desagradable en la que te estás comportando.

— ¡Y qué esperas Miranda! Que de repente te vea con una niña en brazos de la cual no tenía conocimiento de que existía, y te felicite por ser madre, y para colmo de males verte convertida en madre soltera no era lo que yo esperaba encontrar cuando nos vimos de nuevo.

—Ser madre soltera no es un delito, ¿qué esperabas entonces Alex? Que de

pronto me diera cuenta de que eras el amor de mi vida y fuera a rogarte que regresaras conmigo—Alex puso en marcha el auto pero esta vez de manera mucho más lenta, su hija estaba completamente dormida, así que hablo en voz baja para no despertarla—eso esperabas, que sufriera por ti estos dos años, que sufriera por ser una estúpida cobarde.

—Está claro que no has sufrido por mí en ningún momento—la tensión era tan evidente, Alex apretaba el volante con tanta fuerza que incluso pensó que de un momento a otro se rompería, provocando que tuvieran un accidente en la carretera.

—No, por suerte no sufrí por ti, alguien llegó para suplir tu lugar.

—Eso pensaba—dijo apretando los dientes, estaba segura que si los apretaba con más fuerza se quedaría chimuelo de un momento a otro.

Miranda pensaba que el lugar campestre estaría muy cerca de la ciudad, vale, que era en los suburbios pero no tan alejado de la ciudad. Llevaban cerca de hora y media en carretera y aun no le veía final, media hora después vio que Alex aparcaba el auto, en un estacionamiento de terracería.

—No puedo creer que despreciaras el amor que yo te ofrecía Miranda. Te amé como nunca había amado a ninguna mujer, pero fuiste tan cobarde como para no darnos una oportunidad. Espere todos los malditos días a que regresaras, te esperé siempre Miranda. Pero tu únicamente querías vivir tu vida de otra manera, incluso tuviste una hija de otro hombre.

Parecía torturado, pero eso no dejó que se sintiera dolida por su reproche, a lo lejos vio que Samanta se acercaba hasta el auto, y decidió que era mejor salir cuanto antes de ahí. Pero no dejaría que él tuviera la última palabra, no, porque ella no era esa mujer sin sentimientos que él se imaginaba.

—Te busqué Alex, pero encontré que tenías una mejor vida sin mí, y te busque precisamente para decirte que me habías dejado embarazada.

Sin esperar que le contestara nada, salió del auto para encontrarse con Samanta que ya llegaba a su encuentro. En cuanto la vio con la niña, se desvivió haciendo cariñitos. No quería ni voltear a ver al automóvil, esperaba que Alex no montara una escena frente a la organizadora de bodas, y al parecer frente a los padres de la novia.

Samanta la presento con su padre, ya que a su madre ya la conocía de cuando fueron a su primera cita para escoger su vestido. Jack, que era el orgulloso padre de la novia, era un hombre alto, y demasiado corpulento para la edad que tenía, bueno en realidad no aparentaba tener edad para que fuera padre de Samanta. Vestido con un traje hecho a medida se veía que era un hombre de negocios, su cabello negro pulcramente peinado, y tenía unos ojos negros chispeantes a juego con una sonrisa encantadora, su madre era una persona más reserva en cuanto a sociabilizar, pero no le había hecho ningún desaire hasta ese día. De hecho se acercó a su hija y le hizo carantoñas provocando que su pequeña riera de gusto. Samanta se alejó para acercarse al automóvil, su corazón comenzó a latir desenfrenado, y es que lo que menos quería era tener que presenciar un escándalo, en esos momentos se arrepentía brutalmente de haber abierto la boca. Únicamente a ella se le ocurría decirle al padre de su hija, que tenía una hija, cuando estaban a punto de seleccionar el lugar donde se llevaría a cabo la boda.

Sus nervios la estaban matando, todo el sacrificio que hizo estaba a punto de venirse abajo, mientras se estúpida vocecilla de la conciencia le decía que por favor se aclarara, ya que por un lado quería evitar esa boda a como diera lugar, y por el otro quería dejar las cosas tal y como estaban para siempre.

La cobardía había vuelto a invadirla, y todos sus complejos estaban

atacándola más que nunca. A lo lejos se veía a Samanta hablando con Alex, pero en sus rostros no se lograba descifrar sus emociones, y ella se moría de los nervios, comenzó a mirar a todos lados evitando la dirección donde los novios se encontraban, y comprobó que sí que era precioso el lugar, una amplia explanada estaba dispuesta ya con todo lo necesario para realizar una boda, suponía que la organizadora era la que se encargaba de todos esos asuntos, y ahora únicamente tenían que dar el visto bueno.

Las hermosas mesas decoradas en color blanco, junto con enormes decoraciones en tono rojo, hacían que todo el entorno luciera elegante, la mesa dispuesta para los novios estaba adornada de la misma manera, detrás de esta estaba una cascada con luces interiores que daba un efecto hermoso. A su mente vino el vestido de novia que estaba diseñando, y se dijo que era perfecto para celebrar una boda en un lugar como ese.

Alex tenía la novia perfecta, incluso tenía el vestido perfecto y el lugar perfecto para realizar su boda, por más que lo lamentará, estaba segura de que también tenía la vida perfecta al lado de Samanta. Su conciencia le decía, más bien le gritaba que no fuera una estúpida cobarde, mientras se tiraba de los cabellos en señal de frustración, pero ella no estaba muy segura de estar haciendo lo correcto. Porque ¿Cómo se lucha contra la perfección? ¡¿Cómo?!

Después de lo que le pareció una eternidad, Samanta se acercó colgada del brazo de Alex, sonreía de manera encantadora, y Miranda supo en ese mismo instante, que de nuevo su cobardía la llevaría a fracasar incluso antes de comenzar la batalla.

Los encargados de mostrar todo el lujo y la elegancia del lugar lo hicieron pasar para darles una muestra de lo que sería llevar a cabo una recepción en ese lugar, y la verdad es que todo era perfecto; bien podía imaginar a todos elegantemente vestidos, con sus sonrisas resplandecientes mientras

observaban como los novios bailaban por toda la pista improvisada. Mientras la organizadora narraba las actividades que se llevarían a cabo, Miranda sentía que el aire comenzaba a salirse de sus pulmones, miró a su hija que estaba dormida en sus brazos, si, tal parecía que a la pequeña le aburría todo aquel asunto. Necesitaba marcharse del lugar, no estaba segura de soportar escuchar de nuevo lo felices que serían, sin que ella comenzara a llorar de impotencia.

Los encargados los dejaron solos con la organizadora y ella se acercó a Samanta para decirle que tenía que marcharse.—Pero no es posible Miranda, aún nos falta ver muchas cosas, y necesito tu opinión acerca del lugar.

—Lo lamento Samanta, de verdad lamento ser una dama de honor horrible, pero no me encuentro muy bien, y necesito descansar.

—Está bien—dijo Samanta girándose para mirar al novio—cariño puedes llevar a Miranda a su casa, son casi dos horas de carretera, me sentiría más cómoda si la acompañas tú.

Alex no pronunció ninguna palabra, únicamente le dio un beso a Samanta frente a todos los presentes que sonrieron encantados con la muestra de afecto, mientras que a ella se le despedazaba un poco más el corazón. Hicieron el camino en completo silencio, incluso Miranda sentía que de un momento a otro comenzaría a quedarse dormida mientras Alex conducía ignorándola prácticamente, mirando a la carretera. Pero cuando comenzaron a llegar a la ciudad no fue un alivio precisamente, porque no sabía cómo comportarse ahora que había soltado la noticia como si estuviera dándole la hora.

Cuando estacionó el coche frente al bloque de departamentos donde vivía, Miranda casi salió corriendo, volteo a ver a Alex antes de bajarse, pero este

no la miraba, estaba concentrado observando al otro lado de la carretera como si todo fuera más importante que ella. Así que salió del auto sin su ayuda, y sintiendo que el corazón se le partía en mil pedazos, era obvio que ahora que sabía la verdad, no quería tener ninguna relación con ella, ni con su hija. Tal vez, simplemente aún no había asimilado la noticia, o eso se decía para aliviar un poco del dolor que le quemaba el pecho.

Capítulo 18



Prácticamente habían pasado quince días desde que fueran a elegir el lugar para la recepción de la boda, quince días y Miranda vivía con el alma en un hilo, pensando muy estúpidamente que Alex se presentaría en su casa para conocer a su hija, pero no lo hizo, dejando claras así sus intenciones para con ellas.

Aunque básicamente no tenía por qué sufrir ya que todo era consecuencia de sus errores y de las malas decisiones que tomara en el pasado. Pero vaya que dolía, y dolía bastante. Samanta acudiría ese día para la prueba del vestido y aunque sabía que se escucharía muy maldita tenía la esperanza de que le hablaran para decirle que la boda se cancelaba.

Pero cuando horas más tarde una Samanta sonriente llegó para la prueba del vestido todas sus falsas esperanzas se fueron por la borda. Madeleine se había encargado personalmente de atenderlas, en cuanto llegó de su viaje,

Miranda la puso al corriente de todo lo que estaba sucediendo, y decidieron que por el bien de todos lo mejor es que Madeleine se encargara del asunto del vestido. De esa manera ella se pudo relajar en su pequeña oficina, toda la incertidumbre de no saber que pasaba, estaba amenazando con hacer volar su autocontrol. Samanta tampoco se había comunicado con ella, así que estaba en un vaivén emocional del que ya se quería bajar.

Alguien tocó suavemente a su puerta, y sin esperar respuesta se abrió, dejando ver a Samanta. Su rostro no le decía nada, si tan sólo estuviera furiosa y llegara aventando todo tipo de cosas sabría a qué atenerse, pero no decía nada, únicamente estaba parada a un lado.

—Alex ha querido anular la boda por segunda vez—dijo Samanta a bocajarro, dejándola aturdida por un momento, la frialdad en su voz la hizo ponerse alerta—pero he logrado hacerlo que reaccionará, cuando comencé esta relación era consciente que tenía que luchar contra un fantasma, le ponía mil rostros a la mujer que le robaba el sueño a Alex, de verdad, cuando te fuiste vi lo derrotado que estaba y lo ayude a salir adelante, pensaba que sufría por perder a su mejor amiga—dijo dando dos pasos más dentro de la pequeña oficina, mirándola como si quisiera matarla—luché por borrar el recuerdo de una mujer que no supo luchar por el amor de un hombre.

—Samanta yo...—su voz era apenas un susurro comparada con el tono de voz de Samanta.

— ¡Déjame terminar! En verdad cuando te conocí, pensé que eras una persona estupenda, y deseaba con todo el corazón que fueras mi amiga; pero no se puede ser amiga de la persona que quiere robarte el amor de tu prometido. ¿Qué esperabas al decirle a Alex que es el padre de tu hija? ¿Qué anulara la boda? Casi lo logras, pero no te lo voy a dejar tan fácilmente.

—Samanta en verdad no es lo que piensas...

—¡¡Que te calles!! No voy a dejar de luchar Miranda, puede que pienses que tienes el camino ganado porque tienes una hija, pero te aseguro que en cuanto me case con Alex, ni se acordara de ella, y mucho menos de ti. Te lo voy a dejar muy claro Miranda, como amiga puedo tener muchos defectos, pero como enemiga soy perfecta.

Sin decir nada más salió de la oficina dejándola con la palabra en la boca. Parecía que de pronto se había quedado sin habla, pero la manera en la que Samanta la había amenazado, la dejó paralizada.

El único consuelo era que ahora ya sabía que Alex sí que se había sincerado con su prometida, y eso no sabía de qué manera tomarlo, quería llorar por saber que él le había contado algo que únicamente les correspondía a ellos dos. Pero era lógico y comprensible que si ellos comenzarían un matrimonio tendría que ser basado en la honestidad, y que de pronto él tuviera una hija, no era algo que se pudiera ocultar para siempre.

Se sentó de nuevo en su lugar detrás del pequeño escritorio, y se dejó caer sobre la mesa cubriéndose los ojos con las manos. Si su corazón seguía a ese ritmo posiblemente moriría de un ataque cardíaco.

Quería salir corriendo a algún lugar donde nadie la conociera, únicamente ella y su hija, quería olvidarse para siempre de todo lo vivido, quería olvidar que nunca sería la hija perfecta para el alto estatus de su madre, con gusto olvidaría para siempre que nunca sería la mujer perfecta para estar al lado de Alex.

A su mente llegó la incógnita de cuales eran esos defectos que la hacían tan inalcanzable para estar al lado del hombre al que amaba. Nunca se lo había planteado, únicamente daba por hecho que jamás sería la mujer ideal, esa

mujer que incluso usando una sábana de cama luciría como si fuera asistir a una alfombra roja.

El silencio de Alex también la estaba matando, ¡vale!, que estaba bien que necesitara un espacio para asimilar el asunto, pero ya habían pasado quince malditos días y él no daba señales de vida. La terrible vocecilla que vivía dentro de su mente se burlaba de ella diciendo que tal vez Alex se presentara el día de la graduación de la niña.

¿Qué paso seguía?, porque o bien tomaba la decisión de llamarle ella para que por lo menos le dijera de viva voz que se podía ir al diablo. La otra opción era menos traumatizante, y era dejar que el siguiera ignorando el hecho de que tenía una hija, y continuar su vida tal cual la estaba llevando hasta ese día.

Cualquiera de las dos opciones se le antojaba imposible, pero se dijo que ella no era una cobarde, no señor, definitivamente no había llegado hasta donde estaba solamente por cobardía, dejaría a un lado el amor que sentía por ese hombre, y a partir de ese momento comenzaría a vivir su vida. Si Alex quería ignorarlas toda la vida, ¡bien por él!, que se casara con Samanta, que a ella no le importaba nada. Nada de nada.



Capítulo 19

«No me importa nada, no me importa nada» se repetía mil veces en la mente Miranda mientras volvía la vista sobre la invitación que tenía en las manos, al parecer en una semana se llevaría a cabo el magnífico enlace, su madre había recibido la invitación mucho antes que ella, pero con la poca comunicación que tenían ni siquiera habían comentado el día del evento. Y ella entre sus locuras emocionales no había prestado atención a la infinidad de veces que mencionó la fecha la organizadora de bodas; o tal vez era porque no quería que nunca llegara el maldito día.

Por lo visto Samanta había ganado la batalla en la que ella ni siquiera había querido participar, y ahí estaban esas letras en color dorado burlándose de ella. Su conciencia revoltosa le decía que se levantara, que no fuera una estúpida y que si tenía que secuestrar al novio para evitar esa boda, que lo hiciera, mientras le mostraba unas cuerdas para cometer el gran crimen.

Vio de reojo a su hija y se preguntó si valía la pena ir a la cárcel por secuestro. Vale, tal vez no iría a la cárcel, pero no estaba muy convencida de que Alex estuviera muy a gusto con la idea de ser secuestrado. ¡¿Y cómo demonios lo secuestraría?! Definitivamente se estaba volviendo loca de remate, ¿era posible enloquecer de amor? ¡Sólo Dios lo sabía! Necesitaba con urgencia hablar con su madre, ella seguro que encontraría la solución a todos sus problemas.

Posiblemente la gente normal pensaría que se habían vuelto locas de remate ella y su madre. Nunca en su vida pensó que al decirle a su madre que de ser necesario secuestraría a Alex para evitar que se presentara a la boda, su madre lo tomará tan en serio. Pero ahí estaba mirando a Alex, maniatado, y dormido en una de las habitaciones de la casa de sus padres.

Su madre lo había drogado, con su ayuda habían trazado un plan que según ella no fallaría, ¡era fácil!, convencieron a Madeleine para que con engaños hiciera que Alex asistiera a su estudio de diseño, ahí con una excusa absurda como la de que el vestido de novia aún no estaba pagado y no lo podían entregar, hicieron que él llegara al lugar; luego su asistente le ofrecería una copa de vino o lo que se le antojara a ese insensato hombre que la ignoraba por completo, por suerte no se negó a probar la bebida, y cuando media hora más tarde estaba casi inconsciente en una de las salitas privadas, entre todas movieron y lo cargaron hasta una de las camionetas que su jefa tenía para transportar los enormes carretes de telas importadas.

— ¡Mamá ten cuidado!—dijo mientras veía como por tercera vez su madre golpeaba por «accidente» a Alex contra alguna pared.

—Hay hija, es que este hombre pesa una tonelada, ¿Cómo es posible que te lo aguantaras?

— ¡Madre! Esas cosas no se preguntan— su rostro estaba teñido de rojo intenso, sólo de pensar en la pregunta de su madre.

—No, si la que tiene la mente cochambrosa eres tú, yo únicamente pregunte que como lo aguantaste ahora que lo cargamos, no cuando estaban engendrando a Alexandra.

— ¡Madre!—gritó, soltando la parte de los pies de Alex que cayeron con un sonoro golpe.

— ¡Ándale, golpéalo!—exclamó su madre reprendiéndola. Como si momentos antes ella no lo hubiera azotado contra el marco de una puerta.

—Chicas si no se apuran de un momento a otro soltaré este peso, pesado— dijo Madeleine, que cargaba por un brazo el peso muerto de Alex.

—Vale, ya queda poco para llegar al estacionamiento. Espero que Laura deje la camioneta muy cerca de la puerta trasera.

Casi suspiraron de alivio cuando vieron la camioneta literalmente metida dentro de la pequeña bodega. Balancearon el cuerpo de Alex, y lo aventaron como si fuera un saco de arena. Todas tenían la respiración agitada y eso que Alex no era un hombre especialmente enorme. Ni modo, no había marcha atrás, esperaba que no estuviera muy lastimado por tanto golpe que recibió, aunque no estaba muy segura, lo único que pensaba era que cuando Alex despertara; sabía a ciencia cierta que de buen humor no estaría.

Su madre le dio una bofetada a Alex y este ni se enteró de nada, provocando que saliera de sus pensamientos en los que estaba sumida.

—¡¡Mamá!! ¡¿Qué demonios estás haciendo?!—susurro ella para no despertar a su víctima.

—Bah, este ni se ha enterado, ¡¡y se lo merece!!—Dijo advirtiéndole con la mirada para que no se atreviera a contradecirla—no puedo creer que no fuera capaz ni de acercarse a su hija, quince días ha tenido para asimilar la noticia, ¿es lento o qué?!

Miranda únicamente levantó las manos como pidiendo paz por un segundo.

—Y él muy infeliz se atrevió a enviarte la invitación de la boda. ¿Es que es imbécil?! —su madre estaba escandalizada, y era la primera vez que Miranda la veía salir en su defensa. No es que fuera mala madre, pero la mayor parte del tiempo se la pasaba sacando a relucir todos los defectos que tenía, en lugar de apoyarla en sus decisiones. Así que verla en esa faceta para ella totalmente nuevo.

Dos horas después se preguntaba si su madre no se había pasado con la droga para dormir que le dio, pues ella seguía sentada en una silla junto a la cama, y Alex seguía dormido como un tronco. Lo movió con un dedo, pero nada, parecía que invernaría igual que un oso. Su vocecilla metiche le dijo que lo tomara por el lado amable, de esa manera jamás llegaría a la boda.

—¡Ja, ja!—dijo sarcástica contestándole a su voz interior, vale, eso de que estaba loca de remate cada vez se la antojaba más posible.

Mientras esperaba a que el príncipe azul se despertara, trató de pensar en toda la situación y llegó a la conclusión de que simplemente era una idiota bien hecha. Pero nada lograría lamentándose por los rincones, en su momento pensó que Alex estaría mejor sin ella, claro, obviamente era un enorme error, pero ya se encargaría de solucionarlo.

Estaba comiendo un emparedado de pavo, cuando Alex trató de moverse, obviamente no le habían quitado las cuerdas que ataban sus manos y pies. Así que se quedó quieta sin moverse para que no notara su presencia, ¡demonios!

lo había planeado todo, menos la manera en que actuaría después de que él despertara.

Alex tenía los ojos vendados de manera que no podía ver donde se encontraba. Con la boca amordazada le era difícil hablar, así que únicamente emitía sonidos incomprensibles, las mariposas en el estómago comenzaron revolotear de manera frenética, definitivamente estaba en serios problemas, pero esta vez no sería una cobarde más, no esta vez demostraría que ella también era perfecta para él, y pobre de aquel que quiera decir lo contrario. Porque no sabía con quien se metía. Esta vez definitivamente haría las cosas bien.



Capítulo 19

Era perverso disfrutar al ver a una persona atada en la cama, pero ella lo estaba disfrutando, tal vez se iría al infierno, pero sólo lo dejaría cinco minutos más pensando que lo tenían secuestrado. Como Alex no podía verla, se acercó a él, que se puso tenso al instante. Tampoco quería asustarlo demasiado, rozó con sus labios el lóbulo de su oreja, provocando que Alex diera un brinco sobre la cama. De ninguna manera se esperaba que él reaccionara de esa manera, como tampoco se esperaba que le diera un golpe que la dejó levemente aturdida.

—Auch—dijo sobándose, sin darse cuenta de que acababa de dejar al descubierto su identidad, bueno en algún momento tenía que enterarse de que ella lo había secuestrado. Tan absorta estaba que no se dio cuenta de que Alex había logrado desatarse las manos, vale, estaba comprobado que su madre no era una experta haciendo nudos ciegos.

— ¿Miranda?—su voz incrédula casi la hace reír, y digo casi porque cuando vio su mirada asesina que le estaba dirigiendo, su buen humor se esfumó como por arte de magia— ¡¿Qué demonios significa esto?!

Vale, nada estaba saliendo como ella quería, para empezar nunca pensó en que le diría a Alex en cuanto despertara, luego, no sabía que iba a reaccionar de manera tan agresiva. ¡Vamos! Que ella únicamente quería que la amara. ¿Era tan difícil eso?

—Alex, déjame explicarte...

—Que me vas a explicar, que me secuestraste porque de un momento a otro te has vuelto loca—le gritó provocando que su poco valor se esfumara y regresara a ella la inseguridad que tanto tenía arraigada.

—No—fue lo único que pudo contestar.

—Entonces que te propones, no puedes llegar de la noche a la mañana y secuestrarme como si fuera la cosa más normal del mundo.

Frunció el ceño pensando si de verdad quería pasar el resto de su vida con un idiota bien hecho como el que tenía frente a ella. Y para su fortuna o su desgracia, se dio cuenta de que sí que quería, claro que no por eso lo iba a dejar que le hablara de esa manera.

— ¡No has llamado! ¿Qué querías que hiciera, te digo que tienes una hija y desapareces por quince días, sin decir algo, sin preocuparte siquiera por conocerla—dijo atorándose con sus propias palabras, pero sin detenerse, se levantó de la silla, y comenzó a caminar de un lado a otro—eres el idiota más estúpido que he tenido la desgracias de conocer, no sé ni cómo se me ocurrió secuestrarte, debería dejar que te cases con Samanta, la perfecta Samanta. ¡Anda ve y cástate con ella!

Ahora estaba realmente enojada, no era lo que esperaba, pero en resumidas cuentas no sabía ni lo que esperaba de él.

—No sé cómo actuar contigo Miranda—el tono dolido de su voz la hizo darle la espalda, si la iba a rechazar no quería verlo a los ojos, porque estaba segura que se arrojaría a sus brazos, rogándole que le diera una oportunidad—todo era tan sencillo cuando éramos amigos, nos llevábamos perfecto, fuimos la pareja ideal, y yo era muy feliz de tenerte aunque fuera de esa manera. Nunca te dije de mis sentimientos hasta que no pude más.

—Alex...

—Necesito decir esto—dijo él para que no lo interrumpiera—te amaba más que a nada en la vida, te amo más que a nada, te pedí que no me dejaras hace años, prácticamente me humille, y decidiste que necesitabas una vida lejos de mí, y ¡¿Qué paso?! Respete tu decisión, y quise con todas mis fuerzas comenzar una nueva vida, con otras personas, donde no tuviera tu recuerdo siguiéndome siempre. Cuando al fin pensé que lo había logrado, vuelves a aparecer en mi vida.

—No fue mi culpa—dijo en un susurro comenzando a entender sus motivos.

—Y lo sé, sé que no es tu culpa, pero el destino es así de cruel, y lo digo porque de nuevo te pedí una oportunidad, de nuevo te dije que quería que estuvieras a mi lado, pero tal parece que no soy lo suficiente como para compartir tu vida.

—Estas equivocado, era yo la que no estaba a tu altura, era yo la que nunca fui perfecta para ti—para ese momento ya no podía ocultar las lágrimas que estaba derramando, porque a pesar de que todo lo que hizo fue pensado para el bien de todos, fue consciente del daño que se había causado el uno al otro.

—Te lo dije mil veces, te dije que únicamente yo puedo decidir quién es perfecta para mí, pero parece que a ti te entraba por un lado y salía por el otro. Nunca nos diste una oportunidad. Ni siquiera te esforzaste en dárnosla.

—No puedo creer que ahora digas que toda la culpa es mía. Cuando tú también pudiste irme a buscar, yo también esperaba que fueras a buscarme.

—Para que me rechazaras de nuevo, estabas encerrada en tu caparazón, lamentándote por todos los defectos imaginarios que te atormentaban, que decidiste darte por vencida, incluso antes de comenzar.

—Eso no fue realmente lo que pasó.

—Pues entonces no lo comprendo, pero la última vez que te pedí una oportunidad me dijiste que no era posible. Así que te estoy dando lo que me pediste. No querías tener una responsabilidad, no querías un compromiso, pues felicidades, porque yo me rindo Miranda, no te volveré a buscar más en mi vida.

— ¿Qué quieres decir con eso?—definitivamente las cosas no estaban saliendo como ella pensaba.

—Que lo nuestro ya no tiene solución Miranda, ya no.

— ¿Y qué pasara con Alexandra?—preguntó temblando de miedo por sentir el rechazo a su hija, que de todos en ese embrollo era la que menos tenía la culpa.

—Supongo que te las has ingeniado muy bien sin un padre para ella, de manera que no te hago falta, nunca te he hice falta de ningún modo. Adiós Miranda, no tiene caso seguir discutiendo por algo que ya se quedó en el pasado.

Miranda vio cómo su felicidad se le estaba escapando de las manos, quería detenerlo al ver que se acercaba a la puerta, tan sumida estaba en su sufrimiento que no dio cuenta de que estaba completamente libre de pies y manos y se había levantado de la cama. Su corazón se estaba comenzando a resquebrajar por completo, separo los labios para decir “detente” pero no pronuncio ninguna palabra, no podía, muy dentro seguía siendo la misma cobarde y estúpida de siempre. La misma estúpida que dejaba ir al amor de su vida.

—Adiós Miranda, te deseo que seas feliz.

—Adiós Alex, adiós para siempre.

El sonido de la puerta al cerrarse hizo que su llanto se hiciera más intenso, ¿ahora que seguía? Necesitaba que alguien le dijera cómo se continúa con una vida alejada del hombre al que ama. Cómo se vive na vida completamente vacía, sin el amor de su vida, sin Alex.

Continuara...

(En la siguiente página)



Capítulo 20

Las campanadas de la iglesia resonaban sin cesar, en unos minutos se llevaría a cabo la ceremonia donde Alex, se convertiría oficialmente en el esposo de Samanta. Estaba invitada a la boda, pero no se atrevía a entrar, así que oculta detrás de una enorme columna, miraba a las personas entrar en la iglesia.

Su corazón latía desbocado, se había puesto un hermoso vestido de gasa color magenta, y su cabello estaba recogido en un primoroso moño a la altura de la nuca, su hija llevaba un vestido del mismo color, y en sus risos castaños llevaba un enorme moño del mismo tono. Para Miranda su hija era la niña más hermosa del mundo, se ocultó un poco más detrás del pilar, ya que no quería que nadie notara su presencia. A lo lejos pudo ver como Alex estaba impresionantemente vestido con su traje de novio, era increíble que el día tan esperado de la boda hubiera llegado.

Samanta estaba radiante en la entrada de la iglesia, estaba nerviosa jugando

con las flores que sostenía en sus manos, que la mujer que se casaría con el hombre que amaba estuviera usando el vestido de novia que ella había diseñado, producía que su corazón se paralizara. Todo lo había perdido por su enorme estupidez, y ahora le tocaría pagar las consecuencias.

A lo lejos escuchó al sacerdote decir que estaban todos reunidos para celebrar la unión de los novios ahí presentes y no lo pudo soportar más, debería estar demasiado loca como para escuchar como perdería al hombre que amaba, sin hacer nada al respecto. Quería entrar ahí y gritar “yo me opongo” pero era demasiado cobarde para hacerlo, ese era el plan principal que tenía en mente, pero no lo haría, tenía que respetar la decisión de Alex, si él no quería saber nada de ellas, lo respetaría, se lo debía; por haber echado a perder su oportunidad.

De un momento a otro el sacerdote diría la pregunta final más importante de toda la celebración, donde ambos novios dirían mirándose a los ojos “sí, acepto” y lo vería como si estuviera en primera fila, porque aunque quería obligar a sus pies a moverse, estos no le respondían. Su hija se había quedado dormida recostada en su hombro, su mirada recayó de nuevo en el amplio pasillo, suspiró tratando de encontrar el valor que le faltaba; definitivamente no era un mujer cobarde, no, no lo era.

Sería muy fácil, caminaría por el pasillo y únicamente el sonido de sus tacones se escucharía sobre el encerado piso de la iglesia, si definitivamente era algo muy fácil, ¡vamos! Lo había visto incansables veces en las novelas románticas, o en las películas, no era nada del otro mundo, caminaría, centraría su mirada en Alex, y justamente cuando el padre dijera: «alguien se opone» En ese justo instante es cuando Miranda entraría en acción, diciendo, bueno no, más bien gritando de viva voz «yo me opongo» sí, eso estaba chupado. Lo único malo es que sus piernas no respondían, y en esos

momentos el sacerdote estaba preguntándole a Samanta si aceptaba a Alex, en la salud y en la enfermedad y bla,bla,bla,bla. Puf nunca un sermón nupcial le había parecido tan largo. ¡¡Vale se aceptaban para toda la vida y ya!! Pero no, el cura tenía que decir todos los puntos habidos y por haber.

Por lo menos así tenía más tiempo para hacer reaccionar a sus piernas, Samanta mirando a los ojos a su Alex, dijo: si acepto, y ahora era el turno de Alex, Miranda no pudo evitar rodar los ojos, cuando el sacerdote repitió la misma cantaleta. Pero en esta ocasión fue distinto, su corazón se paralizó esperando la respuesta, si Alex decía que aceptaba, le iba a tocar a ella entrar y oponerse a la boda, y sólo de pensar en eso se le erizaba la piel.

Pero era una mujer fuerte y decidida que luchaba por lo que quería, y lo que quería era al hombre que estaba en ese altar, junto a una mujer que no era ella, pero así le costara la vida misma, ella se iba a encargar de que él regresara a su lado. Caminó por el pasillo mientras las miradas de los presentes la seguía en su caminar, en cuanto llegó cerca de donde estaban los novios, gritó como si se le fuera la vida en ella.

— ¡Yo me opongo!— Dijo como si fuera la hazaña más importante en la vida.

El corazón le latía en los oídos, sentía la sangre correr por sus venas, no se creía capaz de hacerlo, pero lo había logrado; ahí estaba parada frente a los novios tratando de impedir la boda a como diera lugar, de ese lugar no se iría sin antes robarse al novio.

Como nadie decía nada, volvió la mirada a Samanta que estaba llorando mientras Alex sostenía sus manos, parecía muy serio, todos en la sala parecían muy serios de hecho; vale que ella había interrumpido la boda, pero si los novios querían bien la podían sacar a patadas de ahí. Ahí pasaba algo

más que a ella se le escapaba.

—Lo siento Samanta, lamento que tuvieras que llegar hasta aquí—escuchó que comenzaba a decir Alex, mientras acariciaba a la novia que lloraba desconsolada—pero sabes que esto no va a funcionar. Lo intente, de verdad que lo intente, pero no puedo amarte como tú te mereces, no lo puedo hacer. Sé que me odiaras para toda la vida; y que posiblemente sea el hombre más despreciable que has tenido la desgracia de conocer, pero no quiero comenzar una vida a tu lado amando a otra persona.

El corazón de Miranda se detuvo por varios minutos, bueno tal vez exageraba, porque de ser así estaría fulminada en el suelo, pero de que se le detuvo el corazón, se le detuvo.

— ¿Por qué no lo dijiste antes Alex?—preguntó Samanta casi en un susurro —por que hacerlo aquí, frente a todos los invitados.

—Porque soy un estúpido.

La sonora bofetada que Samanta le dio a Alex, retumbo por toda la iglesia. Miranda pudo ver en su mirada que estaba dolida, y no era para menos, que el hombre al que amas te deje plantada en el altar, es como para querer matarlo por lo menos. Y justo en esos instantes ella se sentía con una maldita desgraciada por sentir felicidad al ver que Alex no se casaba con Samanta.

—Me vas a dejar por ella—dijo la novia señalándola, y al momento doscientas miradas se posaron sobre ella.

—Yo Samanta, lo siento—dijo dando un paso atrás—de hecho creo que como no hay boda a la que oponerse, ¿verdad?... este... pues ya no me opongo...—dijo sonriendo como si estuviera chiflada, se dio la vuelta y salió rápidamente como si el asunto no fuera con ella.

Vale ahora sólo necesitaba esperar que Alex saliera de la iglesia y lo volvería a secuestrar. En silencio vio como todos los asistentes de la boda fueron saliendo; a Samanta nunca la vio salir, pero supuso que tenían algún acceso por la parte trasera de la iglesia. Ahora se preguntaba que si Alex no se había marchado por el mismo lugar, ya que llevaba un buen rato esperando y no lo veía salir. Extrañada entró de nuevo en la iglesia hasta llegar al altar pero nada que encontraba a Alex, se sentó en una de las bancas decoradas con flores de la boda, y miró al frente.

Acomodo en su regazo a su hija que seguía dormida; cuando una lagrima solitaria resbaló por su mejilla, Alex no se había casado pero de igual manera no había ido detrás de ella. Era un estúpida por creer que si se presentaba en la iglesia él cambiaria de opinión, pero no era así.

Detrás de ella se escuchaba movimiento pero pensó que eran los que se encargaban de recoger todas las decoraciones; hasta que escuchó una voz que le robo el aliento.

—Así que te opones a la boda—dijo Alex provocando que ella sonriera mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano— ¿estas segura de querer oponerte?

Esa pregunta llevaba implícita otra respuesta, más que nada le estaba preguntando si estaba segura de arriesgarse a estar con él.

—Nunca he estado más segura que en este momento.

—Esta vez no podrás escapar de mi Miranda, esta vez tendrás que superar tus complejos—dijo él tomando su rostro entre sus manos, acariciándola dulcemente—esta vez serás mía, y no habrá vuelta atrás.

—Nunca he estado más segura que en este momento—dijo ella mirándolo

con todo el amor reflejado en sus ojos, esta vez no lo echaría a perder por nada del mundo—pero esta vez serás mío para siempre y no, no habrá vuelta atrás. Te amo: mi loco y estúpido Amor.



Epilogo

Tres años después...

Miranda no podía ser más feliz aunque se lo propusiera, estaba por abrir una tienda exclusiva de ropa, toda diseñada por ella misma, por fin había logrado independizarse, Madeleine le ofreció que fueran socias en su línea de ropa que estaba triunfando tanto en el extranjero como en la ciudad, pero ella quería su propia marca. De manera que al día siguiente sería la inauguración de su propia tienda.

Su vida amorosa era más de lo que ella merecía, después del día en la iglesia, se mudó con Alex a un hermoso departamento que compraron juntos, aunque al principio a Alex le había costado hacerse a la idea de que tenía una hija, ahora era su adoración, incluso quería que la familia siguiera aumentando, pero tenían otros proyectos y si querían realizar sus sueños por el momento la idea de tener más hijos tenía que esperar. Su hija aún era muy pequeña estaba

en sus primeras etapas del colegio, de manera que ambos estaban aterrados y felices de las nuevas etapas en su vida, ansiosos por saber que les deparaba el destino.

—Lista—dijo Alex mirándola a través del espejo, ese día cumplían su tercer aniversario, sí, después de dejar a Samanta en el altar, prácticamente la había arrastrado hasta encontrar un juzgado donde los declararon marido y mujer, así, sin una gran boda, sólo ellos dos, su hija y cuatro testigos desconocidos que se encontraban ese día en el juzgado. Y a pesar de ser una boda relámpago, para ella fue la mejor boda del mundo.

—Siempre lista, recuerdas—dijo sonriendo de manera seductora para observar a su esposo.

—Nunca en la vida he sido tan feliz como cuando entraste en esa iglesia diciendo yo me opongo. Sin enterarte de nada.

—Me los vas a recordar toda la vida, tenía el corazón en un hilo, sentía que te estaba perdiendo por tonta. —se dio la vuelta para quedar entre los brazos de su esposo, aspiró su aroma, ese aroma que a través de los años aun la hacía suspirar—aparte estabas deseando que impidiera la boda. Me alegra saber que Samanta ha encontrado a un gran hombre, odiaría que fuera infeliz por nuestra culpa. Pero yo tampoco he sido tan feliz como ese día. Porque desde ese día eres mío, completamente mío.

— ¿Tuyo?

—Acaso lo dudas.

—Para nada, ya era tuyo desde el día en el colegio en que te peleaste con esos niños porque me estaban molestando. Desde ese momento decidí que serías mía para siempre.

—Para siempre...



Fin